La poesia religiosa en
Mexico (siglos XVI a XIX)

PQ
7261
R4P6

LA POESIA RELIGIOSA EN MEXICO (SIGLOS XVI A XIX)

SELECCION Y NOTAS DEL PBRO.

JESUS GARCIA GUTIERREZ

CVLTVRA

MEXICO

1919

EDITORIAL MEXICO MODERNO, S. A.

PRESIDENTE, Enrique González Martínez. DIRECTOR GERENTE, Agustín Loera y Chávez. 1ER. VICEPRESIDENTE, Antonio Caso. VOCALES: 1º Ramón López Velarde. 2º Alberto Garduño. 3º Jesús B. González. COMISARIO, Alejandro Quijano. SECRETARIO, Manuel A. Chávez.

DIRECTORES DE PUBLICACIONES.

DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES MEXICANOS MODERNOS: el Comité Directivo. CULTURA: Agustín Loera y Chávez. LA NOVELA QUINCENAL: Carlos González Peña. REVISTA MUSICAL: Manuel M. Ponce y Rubén Campos. FOLLETIN SEMANAL: el Comité Directivo. REVISTA DE LIBROS: Manuel Toussaint.

Oficinas: 1ª Jesús Carranza Nº 5. Correspondencia al apartado postal 4527. MEXICO, D. F.

CVLTVRA ANTOLOGÍA MENSUAL DE BUENOS AUTORES, PUBLICADA BAJO LA DIRECCIÓN DE AGUSTÍN LOERA Y CHÁVEZ.

TOMO I.

1. CUENTOS Y SEMANAS ALEGRES de *Micrós*, prólogo de Luis G Urbina. (Agotado.)
2. ESCRITOS de *José E. Rodó*, estudio de Pedro Henríquez Ureña.
3. CUENTOS de *Manuel Gutiérrez Nájera*, prólogo de Margarita Gutiérrez Nájera.
4 y 5. EL PÁJARO AZUL de *M. Maeterlinck*, traducción de R. Brenes Mesén.
6. POESÍAS de *Sor Juana Inés de la Cruz*, estudio de Manuel Toussaint.

TOMO II.

1. VERSOS SELECTOS de *Rubén Darío*.
2. PROSAS de *Ignacio Altamirano*. (Agotado.)
3. CUENTOS de *Andersen*. (Agotado.)
4. POEMAS ESCOGIDOS de *Manuel José Othón*, ilustraciones de Julio Ruelas. (Agotado.)
5. ESCRITOS de *Enrique José Varona*, prólogo de Antonio Caso. (Agotado.)
6. POEMAS de *Guillermo Valencia*, prólogo de M. Toussaint. (Agotado.)

5-15

LA POESIA RELIGIOSA EN MEXICO

(SIGLOS XVI A XIX)

SELECCIÓN Y NOTAS

DEL

PBRO. JESÚS GARCÍA GUTIÉRREZ

CVLTVRA
TOMO XI Nº 1
1919

LIBRARY
MAY 10 1977
UNIVERSITY OF TORONTO

PQ
7261
R4P6

1º de Septiembre de 1919.
TIP. MURGUIA.—Avenida 16 de Septiembre. 54

DOS PALABRAS AL LECTOR.

Aunque no son pocas las antologías de autores mejicanos que hasta hoy se han publicado, no hay una, por lo menos que yo sepa, que se haya ocupado en recoger exclusivamente las producciones religiosas de nuestros poetas; y así, la presente antología viene, por lo menos en parte, a llenar un vacío de nuestra historia literaria.

Y digo que por lo menos en parte, porque soy el primero en reconocer y confesar que, bien a pesar de mi buena voluntad, esta antología es por más de un título deficiente.

Desde luego prescindí, al formarla, de los coloquios religiosos, tan usados en la época colonial, porque me pareció que, aunque por su materia pertenecen a nuestra poesía religiosa, pero por su forma son una rama que puede y debe estudiarse por separado.

Prescindí también de la poesía religiosa la-

tina, abundantísima en la época en que esta lengua era cultivada con esmero, y muy digna de ser estudiada, pero que no tiene cabida en una antología de literatura castellana, y aun quise prescindir, salvo en contadísimos casos, de las poesías traducidas, que me parecen que son muestras de la habilidad del traductor, pero no de sus propios sentimientos.

Algunas muestras hay de gongorismo y culteranismo, porque fué peste esa de cuyo contagio no solamente no escaparon, antes hicieron gala cuantos en Méjico cultivaron las buenas letras; pero cuidé de no incluir aquellas composiciones cuyo mérito principal hicieron consistir sus autores y admiradores precisamente en lo intrincado y alambicado de las expresiones, porque me parece que eso apenas si merece el nombre de poesía, y porque si entonces, cuando se cultivaba la mitología y tanto se aguzaba el ingenio en las escuelas, no eran dificultosas de entender, en el día de hoy no se pueden publicar sino acompañadas de sus respectivas traducciones en lenguaje común y corriente.

Igualmente, faltan muestras de la literatura propia de los certámenes poéticos con que solían solemnizarse algunas fiestas, sobre todo

las de las canonizaciones de los Santos pertenecientes a órdenes religiosas en Méjico establecidas, porque como la moda literaria entonces reinante más aplaudía el ingenio que la inspiración, solían poner tales condiciones para las piezas que habían de aspirar al premio, que es muy difícil hallar, sobre todo entre las premiadas, los rastros siquiera de la verdadera inspiración. Buena demostración de esta verdad es el *Triumpho Parthénico*, de nuestro D. Carlos de Sigüenza y Góngora, en que están publicadas las composiciones que merecieron ser premiadas por nuestra Universidad en el certamen poético en honor de la Inmaculada Concepción, en 1862, y del cual dice con toda justicia D. José M. Vigil que "puede considerarse, literariamente hablando, como un monumento de gloria para el gongorismo en nuestro país." Bien sé que no faltarán quienes lamenten que no haya yo incluido en esta selección muestras de los géneros que indicados quedan, pero sé también que los discretos habrán de agradecer que, habiéndome echado a cuestas la tarea de registrar los muchos libros de versos que se publicaron en Mejico, en los siglos XVII y XVIII y pude haber a las manos, y los muchos libros que se conservan MS. en nuestra

Biblioteca Nacional, los haya yo dejado en el olvido que tan bien merecido tienen.

Y aun prescindiendo de todos los elementos de que prescindí para formar esta antología, quedan los suficientes para formar otra más voluminosa y mejor escogida que la presente; pero es el caso que la falta de libros cortó las alas a mis buenos deseos.

Porque es bien sabido que de las muy ricas colecciones de libros que formaban las librerías de nuestros conventos, una buena parte ha sido llevada en diversos tiempos al extranjero, otra ha servido para formar bibliotecas particulares que no siempre es posible registrar, y otra, y no pequeña por cierto, yace arrumbada en las capillas de lo que fué el templo de San Agustín, en espera de quien la clasifique y catalogue; de todo lo cual resultó que no me fué dado examinar sino una parte pequeña de nuestras obras literarias de la época colonial y que con ella me hube de contentar para componer la presente antología.

En la cual no solamente figuran los poetas nacidos en Méjico, sino los que en Méjico florecieron; lo primero, porque muchos de ellos, aunque nacidos en la península, aquí recibieron su educación literaria, y creo que bien se les puede aplicar el bien conocido pro-

verbio de *no donde naces, sino con quien paces*, y lo segundo, porque los que ya vinieron formados, aquí escribieron y casi siempre sobre asuntos de aquí, por lo cual han sido siempre considerados como autores mexicanos.

Es de advertir, por último, que, para mejor comodidad y claridad, he cuidado de poner los autores por orden cronológico, añadiendo al frente de cada uno algunas ligeras noticias biográficas y bibliográficas que puedan servir de guía a quien desee estudiar con detenimiento algún autor.

Y esto es lo que me ocurre de decir acerca de la formación de la presente antología.

Del acierto con que haya sido formada toca juzgar al entendido lector.

JESÚS GARCÍA GUTIÉRREZ.

En Merced de las Huertas, el 24 de noviembre de 1918.

SIGLO XVI

ANONIMO

En 1578, y con motivo de haber recibido los PP. de la Compañía de Jesús algunas reliquias de Santos que les regaló la Santidad de Gregorio XIII, celebraron lucidísimas fiestas, en las cuales representaron una tragedia titulada "Triunfo de los Santos," de donde están tomados estos fragmentos, que incluye el Sr. García Icazbalceta en su "Bibliografía Mexicana del Siglo XVI." (Méjico, 1886. p. 412 y sig.)

No se sabe quién haya sido el autor; pero parece cosa segura que fué algún P. jesuíta, y que la obra fué escrita en Méjico.

LAMENTACIONES DE LA IGLESIA EN LA PERSECUCIÓN

¡Oh nueva rigurosa
Tanto por mí temida
Y a tal sazón y tiempo publicada!

¡Oh suerte peligrosa,
Donde perder la vida
Es pérdida menor y casi nada!

Lloro que mi manada
Ha de ser esparcida
Por lobos carniceros,

Y por llanos y oteros
La veo derramada y perseguida:
Temo el supremo daño,
No se me vaya alguno del rebaño!

¡Ay Dios! cuán poco dura
El gozo en esta tierra
Con gran razón de lágrimas llamada,
Cuán poco se asegura,
Cuán presto se destierra
La cosa más alegre y más amada.

Estaba sosegada,
Y al tiempo que crecía
El culto de mi Esposo,
Turbóse mi reposo
Y vínome el dolor que yo temía.

¡Ay, hijos muy queridos,
Lleguen al alto cielo mis gemidos!
Espíritu divino
Que Dios me dió por prenda,
Consolador que velas y me riges,
Dame favor contino
Y a mis hijos enmienda,
Pues que sólo por esto los afliges.

¡Oh Santo Amor! que eliges.
Al pueblo justo y santo

Y tanto lo enriqueces,
Ruégote muchas veces
Inclines las orejas a mi llanto,
Que es de madre afligida
Que dará por sus hijos alma y vida.

Si gravemente siento
Las penas y dolores
De tus fieles, Señor, y sus querellas,
Mucho mayor tormento
Me causan los clamores
De niños tiernecitos y doncellas.

Muévante, mi Dios, ellas,
Y si nuestros pecados
Mueven tu justa ira,
Con piedad nos mira
Y de otra suerte sean castigados,
Y no disminuyendo
El número que va a su Dios siguiendo.

¿Consentirás que sean
Tus templos profanados?
¿Quemada y destruida tu Escritura?
¿Permitirás que vean
Mis ojos ocupados
Tus templos con diabólica figura?

Virgen hermosa y pura,
Volved a mí esos ojos

Tan llenos de clemencia,
Revoque la sentencia
Mi amado Dios y aplaque sus enojos,
Y si esto es de provecho,
Yo lavaré con lágrimas mi lecho.

(Vd. Icazbalceta "Bibliog." p. 408.)

AL MISMO ASUNTO

¡Quién me dará que en fuentes de agua viva
Se puedan convertir mis tristes ojos,
Y que con sangre mi dolor escriba!

Aun no son aplacados los enojos
De mi Dios y mi Rey con sangre tanta,
Con tantas penas, muertes y despojos.

El ímpio pueblo infiel se alegra y canta
Triunfando de tus templos y tu gente
Y con crueza extraña nos espanta.

¡Ay Dios! ¿qué lengua habrá que diga y cuente
La crueldad, las penas y el estrago,
Cuanto menos llorarlas dignamente?

De llanto me sustento y satisfago,
Ceniza es pan y lágrimas bebida,
Ni de otra cosa alguna caso hago.

La gente más cruel, endurecida,
Oyendo nuestra pena y destrucciones,
A lástima y a lloro es conmovida.

¿Pues qué hará en los blandos corazones
Ver a los mansos niños como ovejas,
Y encarnizarse en ellos los leones?

Al sumo cielo subirán mis quejas
Diciendo: Dios eterno, ¿hasta cuándo
De tu querida Esposa ansí te alejas?

Aquí prendiendo están, allí matando,
Embriagado está el cuchillo fiero,
Tus siervos esparcidos y temblando.

No fué tan duro nunca el crudo Nero,
Ni tanto se holgó con nuestra muerte,
Como este cruel tirano carnicero.

No lloro la dichosa y rica suerte
De aquellos capitanes valerosos
Que por las penas han subido a verte;

Lloro los desdichados temerosos
Que con flaqueza grande y débil pecho
Siguieron a los ídolos dañosos.

Lloro los que perdieron el derecho
De ser contigo bienaventurados
Con tan indigno y miserable hecho.

Lloro tus sanctos templos profanados,
Hechos establo vil, sin sacrificio,
Muertos los sacerdotes y prelados.

Cesaron mis canciones y ejercicio
De venerar tu nombre en voz sonora;
El lamentar me queda por oficio.

Si alguno sacrifica, si te adora,
Metido en criptas, cuevas y cavernas,
No tiene allí sosiego sola una hora.

Desto me nacen lágrimas eternas,
Viendo tan afligidos y angustiados
Aquellos que tú amas y gobiernas.

Desnudos y hambrientos, destrozados,
Aquellos que este mundo no merece,
Andan por riscos, breñas y collados...

LAMENTACIONES DEL PAPA SAN SILVESTRE

¡Oh vida triste, larga y enojosa!
Dime ¿por qué dilatas y detienes
Al alma que en la tierra no reposa?

Vanos son tus placeres y tus bienes,
Tus tormentos y penas poco duran;
Con sola la apariencia te entretienes.

¡Oh dichosos aquellos que aseguran
Con el martirio breve y fortaleza
El eterno descanso que procuran!

¡Oh reino celestial de suma alteza!
¿Cuándo será aquel día venturoso
En que podré gozar de tal lindeza?

Bien sabes tú, mi Dios, cuán deseoso
Estaba del martirio el flaco pecho,
Hecho con tus favores animoso.

Mas como a siervo inútil, sin provecho,
Quisiste reservarme de la muerte
Con que fuera el deseo satisfecho.

No permitas que pueda yo ofenderte
Con vida por tu mano libertada
De la persecución y estrago fuerte.

Por mí será tu Iglesia gobernada,
Pues es tu voluntad, hasta que acabe
Conforme mi esperanza, la jornada.

Procuraré que el mundo siempre alabe,
Ensalce y glorifique el sancto Nombre
En quien todo el honor y gloria cabe.

Procuraré también que a nadie asombre
De los perseguidores el tormento,
Pues permanece Dios y muere el hombre.

Con esperanza sola me sustento,
Teniendo en mi chozuela mal pulida,
Mi Cristo en admirable sacramento.

Aquí tienen refugio, aquí manida
Los que del fiero mal y caso duro
Han sido conservados en la vida.

Y hasta que del todo esté seguro
De la persecución tu pueblo santo,
Aquí celebro el sacrificio puro.

Y aunque el cruel rigor cesó algún tanto,
Según que fué terrible su fiereza,
A muchos todavía pone espanto.

Por tu bondad, Señor, por tu grandeza,
Cese la tempestad, venga bonanza,
Acábense los males con presteza.

Mas no pierdo del todo la esperanza
De darte en sacrificio yo la vida
Por vida tan ajena de mudanza

FERNANDO DE CORDOBA Y BOCANEGRA.

Nació en la ciudad de Méjico, a fines de 1565, y fué el hijo mayor de D. Nuño de Chávez Pacheco de Córdoba Bocanegra y doña Marina Vázquez Coronado.

Hizo sus estudios en la misma ciudad, bajo la dirección de los PP. Jesuítas, y sintiéndose llamado al estado eclesiástico, fué enviado a Puebla, donde recibió el subdiaconado de manos del Ilmo. Sr. D. Diego Romano, y pocos días después murió en aquella ciudad, el 28 de diciembre de 1589.

Escribió su vida Fr. Alonso Remón (Madrid 1617), y en ella incluye varias composiciones poéticas que dice fueron halladas entre sus papeles. Una de ellas es la que aquí insertamos, que se puede considerar como inédita, por lo extremadamente raro que es el libro de donde está tomada.

CANCIÓN AL AMOR DIVINO

Glorioso amor divino,
Do anida mi alegría,
Y con dulce memoria me recrea,
Aunque es gran desatino,
Quejarme a tí querría
De tí, con que mi queja oída sea...
Sabes que te desea
Mi alma, y por tí muere,

Y tú tan olvidado
Desde triste alejado,
Negándole continuo lo que quiere,
Con riguroso imperio
Le tienes en tan duro cautiverio.

Cual el pobre cautivo
Que de recias prisiones
Está perpetuamente rodeado,
A todo gozo esquivo,
Llora sus aflicciones
Y el verse de su patria desterrado,
Aqueste propio estado
Tiene éste que te ama.
Te ama y te ve ausente.
Mas ¿cómo se consiente
Que tu amor no responda al que te llama,
Ni llegue la esperanza
Adonde mi deseo vivo alcanza?

Si un pequeñito rayo
De aquesa luz inmensa
Alguna vez el alma llega y toca,
Con su fuerza desmayo
Y ella queda suspensa,
Como fuera de sí y de gozo loca;
Y si cosa tan poca
Y una leve gotilla

Penetra, aunque tan breve,
Y al alma toda embebe,
La llena y la levanta a maravilla,
¿Qué será aquel abismo
De bien, do el bien y Dios es uno mismo?

Si yo a mi Jesús viese,
Al punto cesaría
Toda mi pena y ansia lastimera;
O si ya amaneciese
Aquel eterno día
De la perpetua y dulce primavera.
Mas cuanto más se espera
El bien, más atormenta,
Y si tras esto ayuda
El tiempo que se muda,
No basta la paciencia en tal tormenta,
Y el alma que en tí adora
Su puerto con zozobra mira y llora.

Entre fieles amantes
Es ley establecida
Que la desigualdad no se consienta;
Si iguales no eran antes,
Amor con fiel medida
Iguala, y de uno quita y de otro aumenta;
Mas, cuando hago mi cuenta,
Paréceme increíble

Tu alteza, Dios, descienda
Y lleve amor la gloria en tal contienda.

En medio de mis males
Tú, cruz, sola me alientas,
Que eres de mi Jesús prenda segura.
¡Oh llagas celestiales!
¡Oh sangre, muerte, afrentas,
Remedio de mi grave desventura!
Será suma cordura,
Con tan ricos despojos,
Contarme ya en el cielo,
Y con glorioso vuelo
Dejar la tierra y todos mis enojos,
Y aunque soy poca parte,
No puedes, tú, mi Dios, a tí negarte.

Negarse el bien no puede,
Antes se comunica,
Que a ello obliga su naturaleza;
Y pues el tuyo excede,
Mi Dios, y más te explica,
Mientras le donas con mayor franqueza,
Destierra mi pobreza
Con tu vista y presencia
Y dones soberanos;
Destilen esas manos
Néctar divino lleno de tu esencia,

Y glorifica al alma
Y al cuerpo da con gozo eterna palma.

Dulce Jesús, así cese mi queja.
Ya el alma se festeja
Con haber referido
Su oculto sentimiento.
A tí gloria y contento
Del corazón ansiado y afligido,
De cuya mano espera
El premio y la corona verdadera.

FRANCISCO DE TERRAZAS.

Hijo mayor del conquistador del mismo nombre, "mayordomo que fué de Cortés, persona preeminente," según el puntualísimo Bernal Díaz.

Baltasar Dorantes de Carranza dice que fué "excelentísimo poeta toscano, latino y castellano," y aunque no dejará de haber alguna exageración en esta apreciación pero es lo cierto que aquí fué muy celebrado, y que Cervantes lo nombra con aplauso en su "Galatea".

Murió en los últimos años del siglo XVI, y dejó escrito un poema titulado "Nuevo Mundo y Conquista," del que Dorantes copia algunos fragmentos. De allí está tomado el que aquí copiamos.

La otra composición, que también está tomada del Dorantes, probablemente es también de Terrazas.

FRAGMENTO DEL RAZONAMIENTO QUE HIZO CORTÉS A LOS INDIOS DE COZUMEL POR MEDIO DEL INTÉRPRETE MELCHOREJO

No es Dios quien no da luz, ni la destierra,
Mas quien hizo la luz es luz de hecho;
No es Dios quien dar no puede paz, ni guerra,
Mas quien sembró la paz en nuestro pecho;
No es Dios el que hombre hace de la tierra,
Mas el que de la tierra al hombre ha hecho;
Eterno Dios, Dios sabio, omnipotente,
Y sobre todas cosas excelente.

Aqueste solo Dios es verdadero
Que hizo el mundo, el cielo, el sol, la luna,
Aqueste a hombre puso ley y fuero
Y pena si le quiebra en cosa alguna.
Es dulce Padre y es Juez severo;
Castiga y con regalos importuna;
Aqueste da la gloria y el tormento,
De aqueste os quiero dar conocimiento.

Como habéis de creer la fe que creo
Sabréis de mí a su tiempo largamente,
Que no es disposición la que ahora veo,
Ni lengua la que os habla suficiente.
Que no sacrifiquéis solo deseo,
Ni a vanos dioses honre vuestra gente.
Que deis de buena gana, también pido,
A Dios el corazón y a mí el oído.

(Ut supra p. 382)

QUE LOS CAMINOS DE LA PROVIDENCIA SON SECRETOS Y ES PRUDENTE NO INVESTIGARLOS

Mi Dios, del juicio humano ¡qué apartadas
Van las secretas sendas do caminas!
Las del hombre ignorante ¡qué trilladas!
¡Qué incógnitas y ocultas las divinas!

Y cuando van las cosas dedicadas
A tí y por tí, ¡cuán bien las encaminas!
Que a estorbar el camino al virtuoso
Ningún trabajo humano es poderoso.

Secretos son, Señor, que no alcanzamos,
Conceptos tuyos son que no entendemos,
Trazas y ocultas vías que ignoramos,
Estilos son que no comprehendemos.
Cuando más cerca dellos nos juzgamos,
Menos de sus caminos conocemos,
Y así, siendo imposible investigarlo,
Es opinión prudente no intentarlo.

FERNAN GONZALEZ DE ESLAVA.

No se sabe de él sino que fué un clérigo español que se avecindó en Méjico, en pleno siglo XVI, y se ignora la fecha de su venida y si volvió a España o murió en Méjico.

Un amigo suyo publicó, después de su muerte, un libro de "Coloquios espirituales y sacramentales, y poesías sagradas" (Méjico, 1610), que el señor Icazbalceta reimprimió en 1877 y de ese libro están tomadas las poesías que aquí figuran.

CANCIONES SAGRADAS
A LAS ONCE MIL VÍRGENES

Once mil estrellas
Suben hoy del suelo,
Bellas, bellas, bellas,
Para que con ellas
Más se adorne el cielo.

Ursula es farol
Que guía a la cumbre,
Porque les dé lumbre
El divino Sol.
¡Qué vivas centellas
Discurren del suelo!
Bellas, bellas, bellas,

Para que con ellas
Más se adorne el cielo.

Fué luz de las gentes
Su vida y martirio,
Y así al cielo empirio
Van resplandecientes.
Los santos en vellas
Reciben consuelo,
Bellas, bellas, bellas,
Para que con ellas
Más se adorne el cielo.

A LOS REYES MAGOS

Al resplandor de una estrella
Buscan los reyes de Oriente
Nuevo sol resplandeciente
En brazos de una doncella.

Tan pequeño y pobre vino
Y con tan grande humildad,
Que escondió su claridad,
Que es sol hermoso y divino.
Y con la luz de una estrella
Buscan los reyes de Oriente
Este sol resplandeciente
En brazos de una doncella.

A LA NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA

La niña recién nacida
Nació con tan buena suerte,
Que es muerte de nuestra muerte,
Y vida de nuestra vida.
Puso en esta niña el cielo
Los extremos de su alteza,
Y el colmo de la riqueza
Que ha de enriquecer el suelo;
Porque la recién nacida
Es la que trueca y convierte
Nuestra suerte en mejor suerte,
Nuestra vida en mejor vida.
Esta es dichoso instrumento
Por quien en nuestro provecho
Será frustrado y deshecho
Del infierno el vano intento,
Pues dejará confundida
Esta niña de tal suerte
Su fuerza, y le dará muerte,
Y a quien él dió muerte, vida.

AL SANTISÍMO SACRAMENTO

Divina comida,
Quien bien te comiere
Comerá la vida:

Si del todo muere en el suelo,
Vivirá en el cielo.

Nuestro Dios decía,
Que quien le creyese,
Si bien le comiese
Nunca moriría;
Mas que viviría
En el reino eterno
Con el Sempiterno,
Que es gloria cumplida.
Divina comida,
Quien bien te comiere
Comerá la vida:
Si del todo muere en el suelo,
Vivirá en el cielo.

¡Oh bien nunca visto!
¡Premio sin segundo!
Que el que es muerto al mundo
Viva siempre en Cristo:
Si en tu gracia asisto
Con firme esperanza,
La eterna holganza
Me está prometida.
Divina comida,
Quien bien te comiere
Comerá la vida:

Si del todo muere en el suelo,
Vivirá en el cielo.

AL NACIMIENTO DE CRISTO

En un portal pobre y solo
Que tiene a Belen por sitio,
Donde se acogen las reses
Y se albergan peregrinos,
Tendido está el rey del cielo,
Gran Eliseo chiquito,
Que ajustó sus partes todas
Al hombre muerto, Dios vivo.
Con el frío y viento airado
Llora el niño y da gemidos,
Comienzo para memoria
Que el alma acuda a sus gritos.
"Aquí estoy, si tú me quieres,
Con cuidado de mis hijos;
Porque acertéis a mi gloria
Soy Verdad, Vida y Camino.
Cúmplense ya mis deseos,
Porque el Padre Eterno quiso
Que a costa de mis cuidados
Pague mi amor infinito.
Tomé a Belen por cabaña,
Como Miqueas lo dijo,
Y nací sin una rama

Que a mi cuerpo diese abrigo".
En esto salen del cielo
Pastores del pastorcillo,
Y a los que guardan ovejas
Les dicen con grandes gritos:
"¡Gloria a Dios en las alturas
Y a los hombres paz contino,
Pues es Dios divino humano
Y el hombre humano divino!"

ANÓNIMO

Mi buen amigo D. Francisco Fernández del Castillo, que prepara un curioso y erudito estudio sobre las costumbres de los procesados por judíos o judaizantes por la Inquisición, cuando supo que preparaba yo este tomo de la poesía religiosa en Méjico, me ofreció con galantería que mucho le agradezco, estos fragmentos que copió de unos procesos de 1640, de los que originales se conservan en el Archivo General de la Nación, y que muy probablemente son del siglo XVI, pues consta por los procesos que eran oraciones antiguas.

No me dejes, Señor, en este trance,
ni te apartes de mí, consuelo mío,
¿quién, si me dejas, te dará un alcance?
¿quién templará mi loco desvarío?
buscando voy mi bien de lance en lance,
mas hállome sin fuerzas y sin brío;
ayúdame, Señor, que estoy en calma,
no dejes sin salud mi vida y mi alma.

Estaba yo tan sordo y sin sentido,
tan simuda (?) y abrir la boca
que pudiera sin duda ser tenido
por hombre mudo que a callar provoca;
sepultado en el sueño del olvido,
y cuando ya la vida se me apoca;

porque espere, Señor, en tu grandeza,
oiste de mis quejas la bajeza.

Oyó el Señor mi humilde rogativa,
de mi oración mostróse satisfecho;
ya no quiere que muera, más que viva
que está de tierno amor por mí deshecho.

Apártase de mí la gente esquiva
avergüéncese el flaco y pobre pecho,
y más de prisa se avergüence y corra
el que no pide a Dios que le socorra.

OTRA

Alcé a tí, Señor, mis pobres manos,
y halléme sin virtud cual flaca tierra,
todos mis pensamientos fueron vanos,
tuvieron entre sí perpetua guerra.
no le vuelvas el rostro a los humanos,
que si tú no perdonas al que yerra,
será al que cae en lazo semejante,
que ha menester después quien le levante.

Señor, por tu virtud maravillosa
que me muestres tus sendas y tus vías,
no me asalte la muerte peligrosa
ni me llames en medio de mis días;

mi flaca humanidad es tan copiosa,
perecederas son mis alegrías,
no me condenes a perpetuos daños
que será mi tormento eternos años.

SIGLO XVII

MIGUEL DE GUEVARA.

Agustino, de la provincia de Michoacán. Probablemente fué mejicano de nacimiento, y floreció en el siglo XVII.

Después de la publicación del erudito libro del Sr. Profesor D. Alberto M. Carreño "Joyas literarias del siglo XVII", y examinando el MS a que se refiere, y que se conserva en la biblioteca de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, resulta muy probable que sea el autor del famoso soneto "No me mueve, mi Dios".

Del citado libro del Sr. Carreño están tomadas las poesías que aquí van insertas.

PRENDAS DE AMOR DIVINO

Poner al hijo en cruz, abierto el seno;
Sacrificallo porque yo no muera,
Prueba es, mi Dios, de amor muy verdadera
Mostraros para mí de amor tan lleno.

Que a ser yo Dios y Vos hombre terreno,
Os diera el ser de Dios que yo tuviera
Y en el que tengo de hombre me pusiera
A trueque de gozar de un Dios tan bueno.

Y aun no era vuestro amor recompensado,
Pues a mí en excelencia me habéis hecho
Dios, y a Dios al ser de hombre habéis bajado.

Deudor quedaré siempre por derecho
De la deuda que en cruz por mí ha pagado
El hijo por dejaros satisfecho.

ACTO DE AMOR A DIOS

No me mueve, mi Dios, para quererte,
El cielo que me tienes prometido,
Ni me mueve el infierno tan temido
Para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
Clavado en una cruz y escarnecido;
Muéveme el ver tu cuerpo tan herido.
Muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, en tal manera
Que, aunque no hubiera cielo, yo te amara,
Y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No tienes que me dar porque te quiera,
Porque aunque cuanto espero no esperara,
Lo mismo que te quiero te quisiera.

A JESUCRISTO,
PIDIENDO GRACIA PARA LA ENMIENDA

Levántame, Señor, que estoy caído,
Sin amor, sin temor, sin fe, sin miedo;
Quiérome levantar, y estóime quedo,
Yo propio lo deseo y yo lo impido.

Estoy, siendo uno solo, dividido,
A un tiempo muero triste y ledo;
Lo que puedo hacer, eso no puedo;
Huyo del mal y estoy en él metido.

Tan obstinado estoy en mi porfía,
Que el temor de perderme y de perderte
Jamás de mi mal uso me desvía.

Tu poder y bondad truequen mi suerte,
Que en otros veo enmienda cada día,
Y en mí nuevos deseos de ofenderte.

SOBRE LA BREVEDAD DE LA VIDA

El tiempo vuela como el pensamiento;
Huye la vida sin parar un punto;
Todo está en continuo movimiento;
El morir del nacer está tan junto,
Que de vida segura no hay momento;
Y aun el que vive, en parte es ya difunto,
Pues como vela ardiendo se deshace,
Comenzando a morir desde que nace.

ISIDRO SARIÑANA.

Nació en Méjico en 1631, y fué hijo de D. Martín de Sariñana y Dña. María de Medina y Cuenca. Hizo sus estudios en el Colegio Máximo de S. Pedro y S. Pablo y en la Universidad, donde se graduó Doctor en Teología en 1659. Fué catedrático en ella de prima de Teología; canónigo de la Catedral y Obispo de Oajaca, donde murió el 10 de noviembre de 1696.

Las espinelas que aquí van insertas están tomadas de las "Memorias de la Congregación del Oratorio de la ciudad de México, del P. Gutiérrez Dávila. (P. I. LIB. III c. IV p. 127.)

REFLEXIONES SOBRE BREVEDAD DE LA VIDA E INCERTIDUMBRE DE LA MUERTE

¿Qué tengo, pobre de mí,
Hoy, de haber vivido ayer?
Sólo tengo el no tener
Las horas que ayer viví.
Lo que hoy de ayer discurrí
Diré mañana, si soy;
Pero tan incierto estoy
De que mañana seré
Que quizá no lo diré,
Por haberme muerto hoy.

Si hoy me llegase a morir,
Como puede suceder,
Mañana el hoy será ayer,
En que acabé de vivir.
Pues si esto llego a sentir
Infaliblemente cierto,
¿Cómo peco, cuando advierto
El vivir tan fugitivo,
Que mañana, el hoy de un vivo
Puede ser ayer de un muerto?

Si en pecado ayer muriera,
Me hubiera ayer condenado,
Y de tan terrible estado
Hoy librarme no pudiera.
Que hoy en mi pecado muera,
Ya que ayer no sucedió,
Puede ser, pues ¿cómo, yo
No lloro mis culpas tierno,
Si hoy me libro del infierno
Y quizá mañana no?

En antes, ahora y luego
Tres instantes advertí:
El ayer ya lo perdí,
Al después no sé si llego,
El ahora tengo, y ciego
No lloro ahora mi encanto,

Cuando en desengaño tanto
Me dicta verdad constante,
Que estoy del fuego un instante
Y puede apagarlo el llanto.

Ahora, desengañado,
Llorar quiero arrepentido,
Señor, lo que os he ofendido
Tan ciegamente engañado.
Pésame de haber pecado,
Y aunque el temor del tormento
Dió principio al sentimiento,
No es motivo lo que lloro,
Que sólo porque os adoro
El haber pecado siento.

Si ahora infalible supiera
Que había de morirme luego,
Para que en obscuro fuego
Eternamente muriera,
Mi dolor no interrumpiera,
Llorando ahora también;
Que, aunque ha sido el temor quien
Dió principio a pena tal,
Lo menos es ya mi mal,
Y lo más sois Vos, mi bien.

SOR JUANA INES DE LA CRUZ.

Esta célebre poetisa, hija de D. Pedro de Asbaje y Doña Isabel Ramírez, nació en Nepantla, Est. de Méj. el 12 de Noviembre de 1651. En sus mocedades vivió algún tiempo en la corte del virrey marqués de Mancera, pero luego dejó la corte para seguir su vocación religiosa, y el 24 de Febrero de 1669 profesó en el convento de monjas concepcionistas de S. Jerónimo, donde murió el 17 de Abril de 1695.

Fué muy entendida en toda clase de ciencias, artes e idiomas, y de los escritos suyos que se conservan hay varias ediciones antiguas y modernas, aunque se extraña una edición crítica.

JESUCRISTO AL ALMA

Ovejuela perdida,
de tu dueño olvidada,
¿adónde vas errada?
mira que dividida
de mí, también te apartas de tu vida.
Por las cisternas viejas
bebiendo turbias aguas,
tu necia sed enjuagas,
y con sordas orejas,
de las aguas vivíficas te alejas.
En mis finezas piensa:
verás que siempre amante,

te guardo vigilante,
te libro de la ofensa,
y que pongo la vida en tu defensa.
De la escarcha y la nieve
cubierto voy, siguiendo
tus necios pasos, viendo
que ingrata no te mueve
ver que dejo por tí noventa y nueve.
Mira que mi hermosura
de todas es amada,
de todas es buscada,
sin reservar criatura,
y sólo a tí te elige tu ventura.
Por sendas horrorosas
tus pasos voy siguiendo,
y mis plantas hiriendo
de espinas dolorosas,
que estas selvas producen escabrosas.
Yo tengo de buscarte,
y aunque tema perdida,
por buscarte, la vida,
no tengo de dejarte,
que antes quiero perderla por hallarte.
¿Así me correspondes
necia, de juicio errado?
no soy quien te ha criado?
cómo no me respondes?
y cómo (si pudieras) te me escondes?

Pregunta a tus mayores
los beneficios míos;
los abundantes ríos,
los pastos y verdores
en que te apacentaron mis amores.
En un campo de abrojos,
en tierra no habitada
te hallé sola, arriesgada
del lobo a ser despojos,
y te guardé cual niña de mis ojos.
Trájete a la verdura
del más ameno prado,
donde te ha apacentado
de la miel la dulzura,
y aceite, que manó de peña dura.
Del trigo generoso
la médula escogida
te sustentó la vida,
hecho manjar sabroso,
y el licor de las uvas oloroso.
Engordaste; y lozana,
soberbia y engreída
de verte tan lucida,
altivamente vana
mi belleza olvidaste soberana.
Buscaste otros pastores,
a quien no conocieron
tus padres, ni los vieron,

ni honraron tus mayores;
y con esto iniciaste mis furores.
  Y prorrumpí enojado:
"Yo esconderé mi cara
(a cuyas luces pára
su carro el sol dorado)
deste ingrato, perverso, infiel ganado.
  Yo haré que mis furores
los campos les abrasen
y las yerbas que pacen;
y tales mis ardores
aun los montes que son más superiores.
  Mis saetas ligeras
les tiraré, y el hambre
corte el vital estambre;
y de aves carniceras
serán mordidos y de bestias fieras.
  Probarán los furores
de arrastradas serpientes;
y en muertes diferentes
obrarán mis rigores;
¡fuera el cuchillo, y dentro los temores!
  Mira, que soberano
soy; y que no hay más fuerte:
que yo doy vida y muerte,
que yo hiero, yo sano,
y que nadie se escapa de mi mano."

Pero la sed ardiente
me aflige y me fatiga;
bien es que el curso siga
de aquella clara fuente,
y que en ella templar mi ardor intente.
Que pues por tí he pasado
el hambre de gozarte,
no es mucho de mostrarte
procure mi cuidado,
que de la sed por tí estoy abrasado.

(Fragmento del Auto sacramental *El Divino Narciso.*)

TRADUCCIÓN DE LA ORACIÓN DE SAN AGUSTÍN

Ante oculos tuos

Ante tus ojos benditos
Las culpas manifestamos,
Y las heridas mostramos,
Que hicieron nuestros delitos.
Si el mal que hemos cometido
Viene a ser considerado,
Menor es lo tolerado,
Mayor es lo merecido.
La conciencia nos condena,
No hallando en ella disculpa,
Que, respecto de la culpa,
Es muy liviana la pena.

Del pecado el duro azar
Sentimos, que padecemos,
Y nunca enmendar queremos
La costumbre del pecar.
Cuando, en tus azotes, suda
Sangre la naturaleza,
Se rinde nuestra flaqueza,
Y la maldad no se muda.
Cuando el pecado amancilla
La mente, con fiera herida,
Padece el alma afligida,
Y la cerviz no se humilla.
La vida, suelta la rienda,
En su acostumbrado error,
Suspira con el dolor,
Y en el obrar no se enmienda.
Puestos entre dos extremos,
En cualquiera peligramos;
Si esperas, no la enmendamos,
Si te vengas, nos perdemos.
De la aflicción el quebranto
Nos obliga a contrición,
Y en pasando la aflicción,
Se olvida también el llanto.
Cuando tu castigo empieza,
Promete el temor humano,
Y, en suspendiendo la mano,
No se cumple la promesa.

Cuando nos hieres, clamamos
Que el perdón nos des, que puedes,
Y así que nos lo concedes,
Otra vez te provocamos.
Tienes a la humana gente
Convicta en su confesión,
Que si no le das perdón,
La acabarás justamente.
Concede el humilde ruego,
Sin mérito, al que criaste;
Tú de nada formaste
A quien te rogara luego.

A LAS LÁGRIMAS DE SAN PEDRO

(Villancico de los que se cantaron en la Catedral de Méjico en los Maitines de San Pedro, de 1677.)

¡Oh Pastor que has perdido
Al que tu pecho adora,
Llora, llora,
Y deja dolorido,
En lágrimas deshecho,
El rostro, el corazón, el alma, el pecho.
Si el arrepentimiento
Tu corazón oprime,
Gime, gime;
Lastime tu lamento

Y doloroso anhelo
A la tierra, a la mar, al aire, al cielo.
  Si de suerte mejoras,
Las lágrimas te valgan;
Salgan, salgan
Todas las que atesoras,
Aneguen tus pesares
Ríos, arroyos, fuentes, mares.
  Y pues tu pena rara
Lágrimas sólo borran,
Corran, corran,
Y dejen en tu cara
Y en todas tus facciones,
Señales, rayas, surcos, impresiones.
  Y si a dar tiernas voces
El mal te necesita,
Grita, grita,
Y tus penas atroces
Oigan tus querellas
Los luceros, el sol, luna y estrellas.
  El curso ya empezado
Tus lágrimas no acaben:
Laven, laven
La mancha del pecado,
Hasta que estés glorioso
Limpio, resplandeciente, puro, hermoso.

ESTRIBILLO

Llora, llora, mi Pedro,
Que aquese llanto,
Más que diez mil tesoros
es estimado.
Llora, que aquesa flaqueza
Tiene grande fortaleza,
Pues al cielo ha conquistado.
Llora, llora, mi Pedro,
Que aquese llanto,
Más que diez mil tesoros
Es estimado.

FRANCISCO CORCHERO CARREÑO

Natural de Jerez de la Frontera, en España, se avecindó en Méjico, donde hizo sus estudios. Fué capellán de la cárcel de Corte, y murió en Febrero de 1668, dejando los bienes que poseía para obras de beneficencia.

Escribió un libro de "Desagravios de Cristo en el triunfo de su cruz contra el judaísmo" (México, 1649), y de ese libro está tomado el fragmento que aquí va inserto.

EL MISTERIO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

Tres personas divinas y una esencia
La fe predica en Dios incomprensible,
Y porque se conozca ser posible
Lo que enseña la fe, con limitado
Dibujo lo veremos figurado,
Que aunque dista infinito lo infinito,
Se conoce tal vez por lo finito.
Llama, luz y calor hay en el fuego;
Hojas un arbol tiene, flor y fruto,
Que al gusto, olfato y tacto dan tributo.

Derívase del sol, fuente de luces,
El rayo, y de los dos emana luego
El calor que procede de aquel fuego,

Y aunque el uno del otro se deriva,
Tres luces son y una potencia activa.
Acuden a distinto ministerio,
Las potencias del alma, y el misterio
Uno y trino de Dios, se ve en el hombre,
Retrato suyo, aunque hay grande distancia,
Tres potencias, un alma, una sustancia.

Lo presente, pretérito y futuro
Son del tiempo veloz el fundamento;
Medio, principio y fin un movimiento;
Es la esfera templada, fría y ardiente.
Mas si es sólo de sí Dios dependiente,
¿Qué confiero? ¿qué escribo? ¿qué defino?
Causa final es Dios, es uno y trino,
Principio y fin de todo, Alfa y Omega,
De quien, por quien y en quien esto visible
Vive, se mueve y es, y lo invisible.

Trina unidad, en las personas Trino
Y en la sustancia y ser uno, que el manto
Te encubre a los que alternan Santo, Santo,
Concédele a mi fe que tu grandeza
Empiece a bosquejar, tu fortaleza,
Tu poder, tu saber, tu amor divino,
Digo que eres tan grande, que uno y trino
Eres, Señor; a tí; Señor, la gloria,
La indivisa unidad trina adoremos,
Y en la unidad la Trinidad honremos.

Tres subsistencias son, una sustancia,
Una coeterna vida, en una esencia
Una igual Majestad y omnipotencia,
Y con perfecta inteligencia unida,
Una gloria, una luz no dividida,
En su esencia infinita el Padre eterno,
A el increado Verbo, a él coeterno,
Ab aeterno nacido, y engendrado,
Sin tiempo, conoció coeternalmente,
Al Padre igual, inmenso, omnipotente.

Dios de Dios, luz de luz, río de río,
Verbo consubstancial, muestra inefable
En que el Padre se ve, y ingenerable
Principio de principio, su traslado,
Su concepto, su hijo regalado,
Vivo retrato, espejo, viva, expresa
Señal de su sustancia propia, impresa,
De su ser sustancial indefinible,
Figura en quien se ve la luz paterna,
Verbo del Padre, su noticia eterna.

Aqueste amor recíproco que tienen
El Hijo y Padre, amor indefinido,
Porque a Dios sólo toca, ha producido
Dentro de sí, sin fin, sin tiempo, amando,
La tercer subsistencia, y espirando,
Es Dios eterno, inmenso, de una esencia,

Sustancia, majestad y omnipotencia
Con el Padre y el Hijo, sin que tengan
Entre ellos y él, ningunas distinciones
En cuanto no se opongan relaciones.

Con que las tres personas se distinguen
En cuatro relaciones solamente,
Paternidad, que al Padre realmente
Lo distingue del Hijo, y al querido
Hijo la *filiación* ha distinguido
De su Padre, y al Hijo y Padre eterno,
Del Espíritu Santo, coeterno,
La *espiración*, la *procesión* distingue
Al inefable Espíritu Sagrado
Del Padre y Hijo, siendo su traslado.

NICOLAS DE GUADALAJARA.

Nació en Puebla en 1631 y en 1648 vistió la sotana de la Compañía de Jesús. Fué maestro de filosofía y teología, y rector de los colegios de S. Jerónimo y S. Ildefonso, de Puebla. Murió en dicha ciudad el 18 de octubre de 1683.

El P. Florencia S. J. escribió su vida, que se publicó en Méjico en 1684, y en ella publica los siguientes versos, que reprodujo D. Francisco Pimentel en "La poesía en México" (Obras completas T. IV Méjico, 1903 p. 130) de donde están tomados.

EXCITATIVA PARA LA GUARDA DE LOS SENTIDOS

Ojos míos, que excusáis
Por Dios el ver, no miréis,
Que en el cielo os abriréis
Por lo que agora os cerráis.
Lo que agora no gozáis
Es la basura del suelo,
Lo que veréis en el cielo
Será con eterno gozo,
Al mismo Dios sin rebozo,
Porque lo veréis sin velo.

Oídos, negáos al mundo
Si queréis excusar penas,

Que el canto de las sirenas
Es tan fatal como inmundo:
Sea el silencio profundo
Vuestra música mejor;
Sea vuestro despertador
De dulce eterna memoria,
Porque la oigáis en la gloria
La voz de vuestro Pastor.

Olfato, cierra las puertas
A los olores profanos,
Que son fútiles, son vanos,
De cosas viles y muertas.
Tenlas solamente abiertas
Cuando por ellas te asomas,
A las divinas aromas
De tu dulce Redentor;
Síguelo, corre al olor
De sus celestiales pomas.

Gusto, sólo a lo forzoso
De un alimento grosero
Te concede, porque entero
Resucites y glorioso.
Cogerás eterno gozo
Si aquí siembras amarguras;
Mas si aquí siembras locuras
De crápula y embriaguez,

Cogerás absintio y pez,
Hiel de dragones y horruras.

Tacto, si ser regalado
Con gozo y deleite eterno
Quieres, huye del infierno
Y sé aquí muy recatado.
Ama cilicio acerado,
Aborrece la blandura,
Ama aquí la cama dura,
Que, sembrando de esta suerte,
Cogerás sólo en la muerte
El gozo que sólo dura.

LUIS DE SANDOVAL Y ZAPATA,

Mejicano y de las más ilustres familias de la Nueva España. El P. Florencia le llama excelente filósofo, teólogo, historiador y político, y un espíritu poético tan alto que pudo igualar a los mejores poetas de su tiempo.

Publicó varios libros, entre ellos uno de "Poesías varias a Ntra Sra. de Guadalupe de Méjico", del que, según nuestro Beristáin, se han hecho varias ediciones. Entre esas poesías figura el soneto aquí inserto, porque llegó a ser notabilísimo y reproducido en multitud de libros.

EL AVE FÉNIX Y LA VIRGEN DE GUADALUPE

El Astro de los Pájaros espira,
Aquella alada eternidad del viento;
Y entre la exhalación del movimiento,
Víctima arde olorosa de la Pyra.

En grande hoy metamorfosis se admira
Mortaja a cada flor: mas lucimiento
Vive en el lienzo racional aliento
El ámbar vegetable que respira.

Retratan a María sus colores:
Corre cuando del sol la luz la hiere
De aquestas sombras envidioso el día.

Más dichosas que el Fénix morís, flores,
Que él para nacer pluma, polvo muere,
Pero vosotras para ser María

SIGLO XVIII

CAYETANO CABRERA Y QUINTERO.

Presbítero secular, natural de la ciudad de México, donde nació probablemente en los primeros años del siglo XVIII. Fué capellán y maestro de pajes del Ilmo. Sr. Arzobispo don Juan Antonio de Vizarrón y Eguiarreta. Publicó varias obras, de las cuales es la más célebre la titulada "Escudo de armas de México", riquísimo arsenal de noticias históricas, y dejó MS varios tomos que se conservan en la Biblioteca Nacional.

De uno de ellos están tomados los versos aquí insertos.

EN LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

(Inédito)

Ya sube a los cielos
Nuestro amante Dios,
Triunfante del odio,
Cautivo de amor,
Teniendo y dejando
Sin contradicción
El cuerpo en el aire
Y la alma en prisión.

Sube en una nube
Por mostrar mejor

Que, cual otro Elías,
Al cielo subió,
Y de nuestros ojos
Por fuerza y rigor,
Otro torbellino
Se lo arrebató.

A la tierra tan
Amante se unió
Que le hizo el dejarla
Notable impresión,
Y estrechándose a ella,
Al subir veloz,
Ya que no su carro,
Las huellas dejó.

Por eso cautivo
Nuestro fino amor,
Logra de su triunfo
La pompa y blasón
Pues si no de hierro,
Metal que doró,
De la misma tierra
Grillos se forjó.

Parebo e Iman
Junto se mostró,
El cielo y la tierra
En su elevación;

Pues si Iman la piedra
A sí lo apegó,
Cual oro al Parebo
Al cielo voló.

SAN FRANCISCO DE ASÍS CONTEMPLANDO UN CRUCIFIJO

(*Fragmento de la «Vida del glorioso Patriarca San Francisco de Asís.» México 1732*).

En Cristo estudiaba, y en
Su cruz, rudo atril tendido,
Repasaba de sus penas
El descuadernado libro:
Libro cuyos tristes folios
En tiernos ayes escrito,
Como flor de las tragedias,
Lo rotularon jacinto;
Flor que, Lirio de los valles,
Lo encontraron los prodigios,
Floreciente en el invierno
Y en el verano marchito.
Flor que, de Virgen aurora
Regada, al puro rocío,
Lirio descolló encarnado
Y murió cárdeno lirio...
De tanta flor diestra abeja
Francisco, apuró en suspiros,

Ya del amor las dulzuras,
Ya del dolor los absintios.
Contemplaba aquella blanca,
Delicada sien, que impíos
Hicieron blanco los hombres
De las flechas de un espino;
La regia, augusta cabeza
Que taladraron nocivos
Cambrones de la Armería
Del campo, estoques buídos;
La ruda, bruta corona,
Hueco, artificioso erizo,
Después de esmeralda, verde,
Y ahora de coral teñido;
La dorada, undosa pompa
De sus huecos, crespos rizos,
A los riegos de su sangre,
Rojos, pendientes racimos;
De tanto rubí esmaltado
De su cuello el marfil limpio,
Cuantos sangrientos granates
Cuajó el ambiente atrevido.
Sus ojos, lucientes astros
Cuyos majestuosos brillos,
Eclipsaron de su llanto
Diáfanas nubes de vidrio.
Sus dientes, breves fragmentos
De terso, sólido armiño,

Corales ya, que su furia
Desencajó de sus quicios;
Sus labios, cerradas hojas
Del clavel más encendido,
Lastimosamente bezos,
Gruesos, moreteados lirios.
Aquellas rojas mejillas
Que, fragmentos colorados
De alta granada, rasgaron
Cinco groseros cuchillos;
Aquel paladar enjuto
Acremente humedecido
Con hiel. ¿Cuál sería cruel
Quien tanto lo fué en lo pío?
Aquellas manos que, aunque
De piedras, por sus jacintos,
Ecos formaban sus ayes
A los golpes del martillo.
Sus pies, vagarosos ciervos
Al humano beneficio,
Con gruesas saetas clavados
Contra el árbol más vecino;
El costado, en fin, de aciertos
Hinchado, sublime archivo,
Tan patente que sus guardas
Falseó a tiento Longinos;
Etna en fuego y nieve enjerto
Que, a los rigores de un pico,

Dió arroyos de fuego y sangre
Y copos de nieve en ríos
Y ya al corazón alado
De Francisco, yerto nido,
Por quien lo graba, aunque muerto,
Los sentimientos de vivo.
En él sólo reposaba
Rindiéndole en sacrificios,
Alientos atormentados
De discursos compasivos.

JOSE DE CASTRO.

Natural del Estado de Zacatecas, abrazó el orden de San Francisco, fué Lector de Teología, Provincial, Pro-Ministro en el Capítulo general de su orden. Falleció en Querétaro, a mediados del siglo XVIII.

Publicó varias obras en prosa y verso, entre otras, un "Acto de Contrición", de donde está tomado el fragmento inserto.

FRAGMENTO DE UN ACTO DE CONTRICIÓN

. . . . . .

No es gloria al médico grande
Darle salud a un enfermo
A quien leve calentura
Destempló y puso en el lecho.
Sacar al que agonizante
Maligno achaque violento,
Ya con la tierra en los labios,
Puso en el fatal aprieto,
Este sí que es de su ciencia
Valiente encarecimiento.
Médico eres soberano,
Yo enfermo de grande riesgo;
Tanta curación es solo
De tu omnipotencia empleo.

No se alaba el cazador
Que un tímido conejuelo
Prendió, que esa no es hazaña
Que da crédito a su esfuerzo.
Rendir al fiero león,
Postrar al tigre soberbio,
Domar al fuerte elefante,
Sujetar al oso fiero,
Esto sí que es bizarría
De su generoso aliento.
Entre monstruos pecadores
Soy, Señor, el más horrendo;
Cazador eres divino,
Pues en mí tienes sujeto
Que de tu sagrado brazo
Declare el poder supremo.

No es aplauso del piloto
El que con favonios frescos,
Cuando sopla blanda el aura
Y el céfiro lisonjero,
Lleve a su puerto la nao
Por el mar seguro y quieto.
Sacarla de los escollos
Entre torbellinos recios,
Y contrastar con el arte
Las borrascas de los euros;
Resistir pesadas olas

Navegando por estrechos,
Y librarla de peligros
Que cuasi la sumergieron,
Poniéndola con su industria
Triunfante en su dulce puerto,
Esto le acredita grande,
Esto le publica diestro.
Tú eres, Señor, el piloto,
Yo el vaso vil que navego
Entre Scilas y Caribdis
Con huracanes deshechos,
Entre tinieblas y escollos
Ya naufrago, ya me pierdo.
Sacarme de este naufragio
Será soberano empeño,
Y tú exaltas tus piedades
Cuando remediado quedo.

Estas razones, Dios mío,
Y muchas más que no puedo
Referir, son los motivos
Que en tu tribunal alego.
Toda tu piedad me valga,
A tu corazón apelo,
A tu dulce genio acudo,
Tu misericordia espero
A tu gran bondad aspiro,
A tu favor me encomiendo,

Y con tu auxilio, Dios mío,
Constantemente prometo
No ofender a Bien tan sumo;
Vida nueva y libro nuevo.
Pésame de haber pecado,
Quisiera, divino dueño,
Dolor tan ejecutivo
Que, el corazón deshaciendo,
En lágrimas lo exhalara
O lo desatara en fuego.
Dame gran dolor, Dios dulce,
Pues de tu piedad espero,
No sólo misericordia,
Sino el arrepentimiento.
Tú me has de dar el perdón
Y también el merecerlo.
En todo has de hacer la costa,
Que yo por mí nada puedo.
Válgame toda tu sangre,
Válganme tus sacramentos,
Tu Madre pura me valga
Cuyos candores confieso.
Misericordia, mi Dios,
Perdón, dulcísimo dueño,
Piedad, dulce Jesús mío,
Remedio, Señor, remedio.
Socorro, Señor, socorro,
Que me pierdo, que me pierdo.

DIEGO CALDERON VELARDE.

Natural del obispado de Puebla de los Angeles, licenciado en Teología, y Cura de la parroquia de Córdoba, en el Estado de Veracruz.

Escribió "Tiernos afectos de amor..." Méjico, 1784, y de esa obra son los siguientes fragmentos.

. . . . . .

Triste cosa es condenarme,
Mucho dolor no ir al cielo,
Grande pena el desconsuelo
Que no queráis perdonarme;
Y con todo eso, si darme
Quisiérais la facultad
De elegir mi eternidad,
Ni quiero, ni me acomodo,
Sino que en todo y por todo
Se haga vuestra voluntad.

No necesitáis de quien
Alabe vuestra clemencia,
Porque sois en vuestra esencia
Vuestro ser y vuestro bien;
Pero haced que yo también
Sea en vuestra eterna memoria,
Haced que cante victoria
En la patria celestial,

Porque, aunque sea accidental,
Tengáis de más esta gloria.

. . . . . .

Yo soy la oveja afligida
Que por áspero camino
Al hombro os echásteis fino
Porque la hallásteis perdida.
Por ella dísteis la vida
En un madero después;
¿Pues qué inconsecuencia es
Que, la que Pastor cargais,
Como Padre la tengáis
En el cielo a vuestros pies?

Y de ellos no me levanto
Sin vuestra gracia y perdón,
Admitiendo el corazón
El fiador que da en su llanto.
Con él os afianzo tanto
Mi pesar y mi dolor,
Que tuviera por mejor
Morirme o no haber nacido,
Antes que haber ofendido
La bondad de tal Señor.

JUAN ANTONIO DE MORA.

Natural de Puebla de los Angeles y miembro de una familia que dió cuatro sujetos que dieron gloria a la religión y a las letras.

En 1682 vistió la sotana de jesuíta, desempeñó en la Compañía varios cargos de importancia y publicó varias obras, entre las cuales merece especial mención la titulada "Anagramas en aplauso y gloria de la Concepción Inmaculada de María (México, 1731), de donde están tomados los fragmentos que aquí van insertos. Murió en Méjico, en julio de 1737.

A LA CONCEPCIÓN INMACULADA DE LA VIRGEN MARÍA

El oro más brillante es sombra obscura
A vista de tus claros resplandores;
Ni llega su fineza, ni hermosura
A los que en tí, quilates superiores
Me elevaron a Dios, pues bella y pura,
Esparces tan divinos los primores
De gracia y santidad, que sublimada
De Dios madre te admiro inmaculada.

No hay quien llegue a rastrear tus resplan-
(dores,
Luz de la luz de Dios sin semejante,

Ni el brillo penetrar de tus candores,
Hija del mejor sol y más flamante;
Pues si dél participas esplendores
Con que rayaste en el primer instante,
Del mismo Dios te hallaste prevenida
Para ser hija y madre de la Vida.

De la nieve más pura en sus albores
Excediste, Señora, la blancura,
Que pureza no llega a tus candores,
Ni hay beldad que asemeje a tu hermosura;
Pues si en Jesús recibe resplandores
De inmaculada madre y virgen pura,
Es fuerza que en la gracia que atesoras
Pregones que de Adan la culpa ignoras.

El áspid venenoso que, atrevido
y soberbio, hasta Dios subir intenta,
Ya humillado a tus plantas, ya rendido,
De tu candor divino se amedrenta.
Huye cobarde, teme confundido,
Y tanto de tu gloria se atormenta,
Que se aleja del todo horrorizado,
Al verte Madre de tu Dios amado.

FRANCISCO JAVIER LOZANO.

Nació en Valdepeñas, arzobispado de Toledo, en España, el 9 de septiembre de 1721, y vistió la sotana de la Compañía de Jesús en 1737. Pasó a Méjico, donde hizo, después de sus estudios, el cuarto voto, y volvió a Europa en 1767 con motivo de la expulsión. Fijó su residencia en Italia; regresó más tarde a España y murió en Elche, el 14 de junio de 1804.

En Méjico publicó, entre otras obras, las "Verdades eternas confirmadas con la Santa Escritura y puestas en verso castellano". Méjico, 1794.—1 vol. en 4o., y de allí están tomados los siguientes sonetos.

PROPÓSITO DE ENMENDAR EL TIEMPO PERDIDO

¡Cuánto tiempo he perdido inútilmente
En vanas alegrías y contentos!
¡Cuántas horas, instantes y momentos
He gastado en un ocio impertinente!

Olvidado de Dios enteramente,
No he pensado en guardar sus mandamientos,
Sin seguir, ni tener más pensamientos
Que los fatuos delirios de mi mente.

Y cuando Dios me tome la recuesta
De tanto tiempo inútil mal vivido,
¿Cuál será mi disculpa y mi respuesta?

Mas, pues tiempo me da, puedo advertido
Redimir en el tiempo que me resta,
Con este, bien ganado, el mal perdido.

MOTIVOS DE CONTRICIÓN

Cuando yo atentamente considero
Que un Dios murió por mí, que dió la vida
Cual si fuera ladrón, un homicida,
En el suplicio infame de un madero;

Yo no sé, yo no sé como no muero,
Y cómo el alma, en penas sumergida,
No sale por los ojos desleída
En dos ríos de llanto lastimero.

Cuando contemplo, como fiel cristiano,
Este prodigio que la fe me enseña,
En que se abisma el pensamiento humano.

Si no doy de dolor alguna seña,
O tengo el corazón de tigre hircano,
O es mi pecho más duro que una peña.

A LA VIRGEN DE GUADALUPE MEJICANA

Yo vi una vez pintura soberana
Que en Méjico copió divino Apeles,
A quien dieron jazmines y claveles
Candor los unos y los otros grana;

Donde adoró la ceguedad indiana
Por madre de sus dioses a Cibeles,
Dan de Dios a la madre los pinceles
Por trono el sol, la luna por peana.

Al mirarla tan bella y tan graciosa,
Sin saber distinguir si en su pintura
Brotó el jazmín, o floreció la rosa,

Exclamaron mi afecto y mi ternura:
¡Si es María en la tierra tan hermosa,
Cuál será en el empíreo su hermosura!

JUAN ARRIOLA.

Nació en la ciudad de Guanajuato, el 22 de octubre de 1698, y en 1715 vistió la sotana de la Compañía de Jesús, en el noviciado de Tepozotlán.

Escribió en verso muchas obras, que, en su mayor parte, se quedaron MS. De una de estas, "Vida y virtudes de la esclarecida virgen y solitaria anacoreta Santa Rosalía, patrona de Palermo", escrita en 1766, de que tengo copia que me regaló el Sr. Othon Nickler, es el siguiente fragmento.

VISIÓN QUE TUVO SANTA ROSALÍA AL MIRARSE EN UN ESPEJO

Puso en el cristal los ojos,
Y, en vez de mirarse a sí,
Miró en rojo carmesí
Tintos sangrientos despojos:
Miró entre corales rojos
Correr tormenta a su dueño,
Mas aunque rió en el diseño
Un Seño, (sic), como era frenta,
Sacó que fué en la tormenta
Su mayor borrasca el Seño.

En un madero clavado
Vió a Cristo entre los cristales,

Vertiendo rubios corales
De manos, pies y costado.
¡Válgame Dios, qué turbado
Quedaría su pecho al fin,
Viendo en tan triste jardín,
Que labraron golpes crueles,
Brotar purpúreos claveles
Entre nevado jazmín!

Prodigio no desigual,
Creció al susto la medida,
Al oír que con voz sentida
Cristo habló desde el cristal.
Todo el viviente coral
Desamparó el corazón,
Siendo en aquella ocasión
El alma en llanto deshecha,
Cada sílaba una flecha,
Cada palabra un harpón.

"—Cruel, dijo, desconocida,
Que estás a tus gustos dada,
De mi dolor olvidada,
Y en tus placeres hundida;
Mírate bien, por tu vida,
Desleal, infiel, sin consejo,
En este quebrado espejo,
Y en sus fragmentos verás

Que, a los golpes que me das,
Con justa razón me quejo.

Mira esta púrpura roja
Que, desangrando las venas,
Sobre blancas azucenas,
Como clavel se deshoja:
Mira esta mortal congoja,
Mira este tormento injusto,
Y examina bien si es justo
O va en la razón fundado,
Que yo esté crucificado
Y estés tú entregada al gusto.

Mira estos juncos agudos
Que abren, con crueldad no poca,
En cada herida una boca
Y van sus raudales mudos.
Ya que los cambrones rudos,
Donde el sentido tropieza,
Con sutil, cruel agudeza
Hieren mis sienes divinas,
Labra tú de mis espinas
Flores para tu cabeza.

Mira bien estas heridas,
Que rotas en hilos rubios,
Desatándose en diluvios,
Expiran calientes vidas:

Con estas tintas vertidas
Puedes añadirles, sí,
Pues las derramé por tí,
A costa de mis dolores,
A tus mejillas colores,
Y a tus labios carmesí.''

Quedó del prodigio absorta,
Ocupada del espanto,
Y entre las ondas del llanto
Envuelto el dolor aborta.
—¿Qué importa, ¡ay de mí! qué importa,
Decía con el llanto mudo,
Ya que con la voz no pudo,
Que me adorne ricamente,
Si en un cadalso inclemente
He visto al amor desnudo?

¡Oh mi Dios, rompió los labios
Y dijo, bien considero
Que en ese tosco madero
Os han puesto mis agravios.
Vuestros pensamientos sabios
Bien conocerán, decía
Casi sin voz Rosalía,
Que quiero entregarme a vos,
Y por ser vuestra, mi Dios,
Quiero dejar de ser mía.

Sólo un corazón quisistes
Darme, sabio y entendido,
Y ese corazón herido
De tu mismo amor lo vistes;
Mas si como uno me distes
Para que en tu amor ardiera,
Tan fino mi afecto fuera,
Que, heridos de mil harpones,
A tener mil corazones,
Mil corazones te diera.

Cuando (mi muerte temí),
En este bruñido espejo,
A la luz de su reflejo
Me iba a ver, a tí te ví.
No anduvo errada, ¡ay de mí!,
Ni error pudo padecer
Su luz, que así había de ser,
Porque si tu imagen soy,
Claro es que, si a verme voy,
Tu imagen había de ver.

Señor, tu gusto ignorarlo
No es mi gusto para hacerlo,
Que cuanto tú en proponerlo
Tardaré en ejecutarlo.
Mi albedrío al tuyo ajustarlo
Deseo para que el mal huya,

Que como tu gracia influya
Mejorando de albedrío,
Tu querer ha de ser mío,
Y mi voluntad la tuya.

DIEGO JOSE ABAD.

Nació en una hacienda de labor, cerca del pueblo de Jiquilpan, en los confines de las diócesis de Michoacán y Guadalajara, el 1o. de junio de 1727.

Hizo estudios en el colegio de San Ildefonso, de Méjico, y habiendo vestido la sotana de la Compañía de Jesús en el noviciado de Tepozotlán, el 24 de julio de 1741, a su tiempo fué dedicado a la enseñanza en los colegios de Zacatecas y Méjico.

Al ser suprimida la Compañía de Jesús, en 1767, emprendió voluntariamente el camino del destierro y se radicó en Ferrara, Italia, y después de trasladó a Bolonia, donde murió el 30 de septiembre de 1779.

Entre sus diversas obras ha sido siempre la más renombrada su poema latino "De Deo, Deoque Homine heroica", que ha sido, varias veces, traducido al castellano por poetas mejicanos; pero no habiendo logrado hallar ningún ejemplar de sus traducciones, me habré de contentar con un fragmento del canto I, traducido por el P. Anastasio Ochoa, con lo cual figurará en esta colección este célebre autor, de quien no ha sido posible poner nada original, porque no fué poeta religioso, sino de preferencia satírico.

DIOS ES UNO

Que hay un eterno artífice supremo
Que de la obscura nada haya sacado
La tierra, el mar, el cielo y las estrellas,

Y que con arte su potente brazo
Lo ordene y rija todo, claramente
Lo están las mismas cosas publicando;
Pues para dirigir con tan constante
Orden, sin que la edad llegue a alterarlo,
El variado giro de esos seres,
Supremo entendimiento es necesario.
Constantemente luminoso día
Sigue a la opaca noche, ora menguando,
Y ora creciendo alternativamente:
Doquiera Dios está: vélo el ingrato
Que le huye, y el audace que lo ultraja
También lo ve. Los peces plateados
Los mudos animales, si lo ignoras,
Te lo dirán. Ni al morador lejano
Del frío Septentrión, que entre las sombras
Opuesto vive al sol, ni al que ignorado
Tanto tiempo habitó la zona ardiente,
Pensada inhabitable; a quien los rayos
Del sol producen primavera eterna,
Se ocultó esta verdad, bien que ofuscada
En medio de la luz vivió en tinieblas.
No es hombre, es tronco, estúpido, insensato,
Es dura piedra, impenetrable roca
El que no adora un numen soberano.

. . . . . .

Espíritu sublime y soberano
Es Dios, sin cuerpo alguno cual nosotros,

Que pudiera palparse con las manos
O verse con los ojos; a la mente
No es dado comprenderlo, cual no es dado
Las aguas encerrar inmensurables
En reducida concha del mar vasto,
O tocar con las manos las estrellas.
El que es, es su nombre sacrosanto;
Cuando yaciera todo lo que existe
Allá en la nada del obscuro caos,
Ya entonces existía por sí mismo:
Uno es y eterno; nunca ha comenzado
A existir, y ante todo ya existía;
Ni ha tenido principio, ni acabado
Tendrá tampoco fin. De él solamente
Cuanto existe ha salido, y con su brazo
Sostiene el universo: sin él nunca
Se arranca la hoja, ni se mueve el árbol,
Ni de nuestra cabeza un solo pelo
Caerá, si él no lo quiere. Nada extraño
Ha menester, él solo a sí se basta.
Es para con nosotros extremado
Y libre en sus bondades. Nada puede
En poder excederlo ni igualarlo,
Y siendo cual es, óptimo, uno es solo,
Pero infecundo no. Siendo increado,
Engendra al Hijo, igual en todo al Padre;
E igual también al Hijo y Padre, de ambos
Procede el Santo Espíritu.

¡Oh misterio!
¡Oh portentoso e inefable arcano!
No ser muchos, ser uno, y ser el mismo:
Es el Padre, es el Hijo, y es el Santo
Espíritu a la vez, sin que uno solo
Dejen de ser los tres. No es engendrado
El Padre; el Hijo lo es eternamente
Por su divino Padre en el simple acto
Con que a sí mismo se contempla y mira,
Y su vívida imagen es por tanto,
Y su Verbo también; su igual en todo
Y coeterno con él; y son entrambos
Omnipotentes, y con ellos esto
E igual en todo aquel que de ellos almo
Espíritu procede sin principio
Cual es principio, y bien que no engendrado
Ni tampoco Hijo, es Dios; es de uno y otro
El recíproco amor, mas no creamos
Que son tres Dioses, tres omnipotentes,
Ni tres eternos; antes al contrario,
Es solamente un Dios en tres personas,
Moderador del universo vasto...
¿Mas cómo yo me atrevo estos misterios
A balbutir con tan impuro labio?
Los ángeles sin mancha ¡oh Trino y Uno!
En tu presencia humildes prosternados,
Sin atreverse a más, al adorarte
Sólo repiten: Santo, Santo, Santo.

SIGLO XIX

MANUEL NAVARRETE.

Nació en Zamora (E. de Mich.), el 16 de junio de 1768, de D. Juan María Martínez de Navarrete y Doña María Teresa Ochoa y Abadiano.

En su primera juventud estuvo como dependiente en una casa de comercio, y más tarde vistió el sayal franciscano. Desempeñó varios cargos de importancia en su orden y murió el 19 de julio de 1809.

A contar de 1805 publicó en el "Diario de México", firmadas con las iniciales F. M. N., varias composiciones poéticas que, después de su muerte, fueron publicadas en una mala edición de dos tomitos. (México, 1823)

LA ALMA PRIVADA DE LA GLORIA

Para triste desahogo de la pena
Que en lo interior me agita,
Lloro la triste y espantosa escena
Del alma, en el instante
Que escucha la sentencia de precita.
Vuelve a mis manos, vuelve,
Mi cítara sonante,
Que en más alegre día
Acompañabas mis festivos versos;
Hoy el númen resuelve
Que lleves el compás de la elegía,
Y por tonos diversos

La acompañen tus cuerdas, entretanto
Que desata los diques de mi llanto.

Luego que la memoria me presenta
Como en vasto proceso mis delitos,
De que se turba la horrorosa cuenta,
Entonces la tormenta
Crece de mis temores y conflitos,
Y entonces, cual si fuese arrebatado
Al tribunal temible
Del juez contra mis culpas irritado,
Miro su rostro de furor bañado;
Escucho de su boca la terrible
Sentencia de dolor y llanto eterno,
Siento el brazo de un Dios irresistible
Que me arroja a las llamas del infierno.
Desde que este cuidado me rodea,
Melancólico vago por el mundo,
Como hurtando el semblante a la alegría.
Conformes solo con mi triste idea
Son tus lúgubres sombras, tu profundo
Silencio, noche obscura. El claro día
En vano para mí su luz enciende:
La ciudad, su rumor, todo me ofende.
El espanto se sigue a la tristeza,
Y el más leve ruido
Me parece el horrísono estallido
De un rayo que me hiende la cabeza.

La imagen de la muerte a cada instante
Se me pone a los ojos,
Pero aun más me horroriza tu semblante,
Eterno Dios, de donde se desprende
Contra mi alma el raudal de tus enojos
Que en tu furor la enciende.
¿Fallezco? En el instante me parece
Que el hermoso espectáculo del mundo
Con sempiterna noche se oscurece.
Sale del hondo pecho el más profundo,
El último suspiro, en que lanzada
Va mi alma a tu presencia
De crímenes horrendos acusada,
Y, herida de tu voz como de un trueno,
De tu justicia escucha la sentencia
De su eterno castigo irrevocable.
Atérranla tus ojos, y el sereno
Resplandor de tu rostro le parece
Nube que anuncia rayo formidable
Cuando truena el olimpo y se enardece.
Id ahora, delicias de la vida,
A dar algún consuelo
A mi alma por vosotras afligida.
¡Halagüeñas delicias!... no queda una
De tantas que en el suelo
Ciñeron el laurel a mi fortuna.
¡Todas desparecieron
Como un sueño de mi alma, y de repente
Al caos de la nada se volvieron!

Vosotros, mis amigos, id ahora
A socorrer a mi alma; mas ¿qué digo?
¿Qué favor podrá ser ¡ay! suficiente
A salvarla de la ira vengadora
Del Todopoderoso, su enemigo?
¿Del Dios cuya invencible fortaleza
Suscita las violentas convulsiones
De la naturaleza?
¿Que agitando los barvos aquilones,
Impele las soberbias tempestades,
Inflama los oscuros horizontes,
Estremece los montes,
Y hasta el nombre les borra a las ciudades?
¿Del Dios...? Pero el palacio refulgente
Está viendo con pasmo el elevado
Solio de aquel monarca omnipotente:
La Emperatriz augusta que, a su lado,
Goza de sus ternuras y caricias;
Angeles infinitos que, agrupados
Al rededor del trono, están postrados:
Las cándidas doncellas
Que en sus puras delicias
Enguirnaldan las frentes con estrellas;
Santos todos; los justos bienhadados,
La corte de los cielos... ¡Oh dichosa
Morada!, clama entonces la alma mía.
Allí estás, ¡oh mi madre venturosa!
Allí asomas con plácida alegría

Y deliciosa calma;
Gózate, pues ya tienes
Recompensado el mérito de tu alma;
Gózate, oh madre, en infinitos bienes.
Pero ¡qué! ¿la blandura de tus ojos
Con miradas crueles me retiras?
¿Objeto es de tus iras
El que sufre del cielo los enojos?
¡Ay! vuélveme mi abrazo, abrazo estrecho
Que en el mundo te dí cuando expiraste
Y triste me dejaste
En abundantes lágrimas deshecho.
¿No me oyes? ¿No me ves? ¿No me conoces?
¡Ay! mírame, por último, agradable;
No seas inexorable
Al blando ruego de mis tiernas voces.
¿Huyes de mi presencia?
¿Ni una vista me pagas, ni un abrazo,
Al hacer una ausencia
De que es la misma eternidad el plazo?
¿Con tu hijo tan cruel? ¿Con un pedazo
De tu vida? ¡Ay de mí!, con raudo vuelo
Te apartas de mis ojos!... ¡Ya te fuiste
Para otras partes del alegre cielo!
Pero ¿qué estoy mirando? ¡caso triste
Para mí y de dolor el más profundo!
¡Allí el cómplice está de mi pecado!
Y ¿cuántos que en el mundo

Conocí pecadores? ¡Oh, dichosos,
Dichosos todos con envidia mía
Los que gozáis de Dios el dulce agrado,
Y os recrean sus ojos cariñosos!
Dichosos, sí, mil veces, que, ocupando
Las mansiones de luz, con armonía
De voces apacibles, estáis dando
Gracias sin término a su autor; al mismo
Que fabricó con manos eternales
Las cárceles horrendas del abismo,
Y encendió las hogueras infernales.
Allá me arroja con furor horrible
A gemir oprimido de cadenas,
Que su mano terrible
Forjó para instrumento de mis penas.
Allá me precipita. ¡Qué caverna!
¡Qué fuego abrasador! ¡Qué pestilente
Humo bosteza la tartárea boca!
He aquí el hórrido espectro de la eterna
Noche, el dolor, la cólera impaciente
Que sin cesar provoca
El llanto de los míseros precitos.
Hierve el lago infernal; la gruta brama
Con son horrendo de inflamada llama.
Los calabozos lóbregos a gritos
Ya parece que se hunden. ¡Qué molesto
Desorden! ¡Qué funesto,
Qué terrible lugar donde, severo,

Descarga Dios su brazo justiciero!
¡Oh cuántos condenados,
Como en ardientes hornos encendidos,
Se ven amontonados!
Retumban con sus grandes alaridos
Las subterráneas bóvedas, y cuando
Los demonios... ¿Qué es esto? Delirando
Atónito, el discurso titubea.
Y cuando los demonios, con horrible
Presencia... Yo deliro
Con la fuerte impresión de la terrible
Imagen de esta idea.
Me agita el susto, y asombrado miro...
Todo el infierno junto
Se le presenta a mi alma en este punto.

No me llames, ¡oh Dios!, aun todavía;
Mas, cuando sea llevada el alma mía
A tu presencia augusta, oh juez eterno,
No la arrojes, Señor, en el infierno.
Muévate mi congoja y mi gemido;
Mi corazón doliente,
Que sale por los ojos derretido.

Quédate adiós en lágrimas bañada
De este álamo pendiente,
Cítara triste, y a tu voz cansada,
Prosiga de mis ojos la corriente.

JOSE MANUEL SARTORIO.

Nació en Méjico, el 17 de abril de 1746, siendo sus padres D. Jorge José Sartorio, italiano, y Doña Josefa Cano, mejicana. Abrazó el estado eclesiástico, y aunque fué muy instruido y estudioso, su modestia y humildad extremadas no le permitieron ocupar puestos públicos. Murió en 1828, habiendo dejado varios tomos de poesías, porque fué fecundísimo poeta, aunque, como suele suceder, la mucha fecundidad perjudicó, en buena parte, la bondad de sus versos.

EL ALMA AUSENTE DE MARÍA

Avecillas tiernas,
Flores de escarlata,
Encumbrados pinos,
Encinas copadas,
Erguidos cipreses,
Fresquísimas hayas,
Laureles frondosos,
Prados de esmeralda,
Retozonas fuentes,
Cristalinas aguas,
Dulcísimas frutas,
Sublimes montañas,
Yo no vengo, no,

A esta amena estancia
A que déis alivio
A mi pena amarga;
Sólo vengo, sí,
A exhalar mis ansias,
Lanzando suspiros
Del fondo del alma.
No, no me divierten,
Flores, vuestras galas,
Aves, vuestros tonos,
Fuentes, vuestras aguas.
No, no me consuelan
Frutas sazonadas,
Ni árboles vestidos
De pompa galana.
Sólo llorar quiero,
Suspirar me agrada,
Desahogando un poco
Una ardiente llama.
Sabed que mi pecho
Campo es de batalla
De un amor ardiente,
De una ausencia brava.
A cierta hermosura
Divina y gallarda,
Mis potencias todas
Le tengo entregadas.
Millones de leguas

De ella me separan,
Que es su domicilio
La esfera más alta.
Tiene en el Empíreo
Su elevada casa.
Donde le hacen trono
Querúbicas alas.
Mas para ir al reino
Donde es su morada,
Fuerza es que la muerte
Los caminos abra.
¿Cuándo vendrás, muerte?
Cierto, eres tirana,
Vienes si te huyen,
Huyes si te llaman.
Pero de mi reina
Son las prendas tantas,
Que por ir al cielo
La muerte es deseada.
Es sobremanera
Linda y agraciada,
Cuantos la conocen
Tiernísimos la aman.
Si vosotras juicio
Y razón gozárais,
Por ella muriérais,
Aves y montañas.
Aves, respondedme,

Habladme, montañas,
Arboles, decidlo,
¿No es pena extremada?
Bellas fuentecillas,
Serán aumentadas
Con las de mis ojos
Vuestras aguas claras.
Aquí me estaré
Llorando, hasta que haga
Dios, que llegue el día
De ver a mi amada.

JOSE JOAQUIN FERNANDEZ DE LIZARDI.

Conocido generalmente en el mundo de las letras por su popular seudónimo *El Pensador Mexicano*, nació en la ciudad de Méjico, el 15 de noviembre de 1776, de D. Manuel Fernández de Lizardi y de Doña Bárbara Gutiérrez.

La pobreza de sus padres hizo que no pudiera seguir con regularidad una carrera literaria, y su afición decidida al estudio hizo que se dedicara a leer cuanto libro venía a sus manos o hallaba en las bibliotecas públicas de entonces, con que adquirió los conocimientos de tantas materias como manifiesta en sus múltiples escritos, aunque sin tener en ninguna conocimientos perfectos.

El catálogo de sus obras es muy vasto. El nombre con que generalmente es conocido es el de un periódico que publicaba en 1812, y los versos aquí insertos, que se han hecho popularísimos en Méjico con el falso nombre de "Himno a la Divina Providencia", fueron por vez primera publicados, en el núm. 12 de dicho periódico, correspondiente al 2 de enero de 1813, con el título que aquí llevan.

Murió "El pensador" el 21 de junio de 1827.

CONSUELOS DEL HOMBRE CRISTIANO EN LOS CONTINUOS TRABAJOS DE LA VIDA, RESIGNÁNDOSE EN LAS MANOS DE SU CREADOR, CONFORME A LOS PRINCIPIOS SÓLIDOS DE NUESTRA RELIGIÓN SAGRADA.

Mano divina, sacra y admirable
Del Sér eterno, que con modo sabio
Mueves del globo la pesada mole
Sobre el sol mismo sin ningún trabajo.
Omnipotente mano, a cuyo impulso
Obedecen los vientos y los rayos,
Su ímpetu el mar detiene, y las estrellas
Giran con los planetas y los astros.
Mano augusta del Fuerte, que mantienes
A tus leyes sujeto lo que has criado
Con tanta perfección y con tal orden
Cuanto los hombres todos admiramos.
¿Qué mortal es capaz, qué inteligencia
De las que en torno vuelan a tu lado
De conocer tus altas providencias,
Ni penetrar tus íntimos arcanos?
¿Quién alzar osará de tu grandeza
La extremidad del velo sacrosanto?
¿Ni el gabinete oculto de tus obras
Registrará blasfemo y temerario?
¿Ni quién de tus piedades infinitas

Podrá alabar en himnos ajustados
El torrente que inunda a tus criaturas,
Como en un dulce dilatado caos?
Tú divides benéfica los tiempos,
En estaciones distinguiendo el año,
Y los rigores del invierno triste
Compensas liberal en el verano.
Tú en verde caña cuajas la mazorca,
Tú doras las espigas en el campo,
Tú las frutas endulzas, y tú vistes
De esmeraldas los montes y los prados.
Tú haces que entre las peñas se cultive
La plata, el oro, el fierro y el estaño,
Y allí les das los brillos y reflejos
Al rubí, al ametisto y al topacio.
Tú abrigas al cordero con su lana,
Tú armas la garra del feroz leopardo,
Tú pintas al alegre pajarillo
De plumas mil y de colores varios.
Tú haces vivan gustosos en las ondas
El delfín, tiburón y ballenato,
Y en los cristales de la mar cerúlea
Del pez mantienes número tan vasto...
Tú... Pero, ¿adónde voy? ¿Será posible
Que, atrevido, soberbio, o insensato
Presuma referir tus maravillas,
Ni señalar las obras de tu mano?
Tú eres el Dios eterno, incomprensible,

La bondad suma, santo, santo, santo,
Fuente de la piedad y la dulzura
Y el absoluto dueño de lo criado.
Tú me criaste, Señor; Tú eres mi padre;
Aun antes de existir, ya me has amado;
A tí debo la vida que respiro
Y este renglón escribo por tu agrado.
¡Oh fe divina, luz que me consuelas,
¡Oh religión, iluminante rayo
De la deidad sagrada, que me animas
En mis mayores penas y trabajos!
¿Con que tú eres mi padre, Dios eterno?
¿Mi criador, redentor y único amparo
Y vela sobre mí constantemente
Tu cariñoso amor y tu cuidado?
Sí, mi Dios, es verdad; yo lo conozco,
Y cuando a agradecértelo no basto,
Entonará tus dignas alabanzas
Mi ronca voz, mi balbuciente labio.
Tú de la nada al ser me condujiste
Por un efecto de tu amor sagrado,
Y por el mismo, de tu santa Iglesia
Quisiste que naciera en el regazo.
Si repaso mi vida, la contemplo
Rodeada de enemigos inhumanos,
Como la navecilla que, agitada,
Lucha en las ondas con los vientos bravos.
¡Cuántas veces la saña de algún toro,

El ímpetu indomable de un caballo,
O ya de mi enemigo la venganza
Pudo darme la muerte sin pensarlo!
¡Cuántas veces, siguiendo divertido
La carrera veloz de algún cervato,
Pude haber encontrado el precipicio
Deslizándome fácil de un peñasco!
¡Cuántas veces las aguas, do solía
Buscar por mi salud el útil baño,
Pudieron darme líquido sepulcro
En pago de mi arrojo temerario!
¡Cuántas veces... Mas ¡ay!, yo me fatigo
Recordando mis riesgos, yo me canso.
Baste sólo decir que de ellos libre
He sido por la fuerza de tu brazo.
Así lo reconozco agradecido;
Tú todo lo dispones, no hay acaso,
Tus designios adoro, pues tú mandas
Se mueva la hoja frágil en el árbol.
Pues siendo esta verdad tan infalible,
Si sé que todo viene de tu mano,
Y que me amas, Señor, ¿por qué motivo
En las adversidades yo me abato?
¿Por qué hácia el mundo solamente miro
Y mi débil espíritu lo arrastro,
Si eres mi protector y mi refugio,
Y en tí mis ansias hallarán descanso?
Huyan lejos de mí las aflicciones,

La congoja, el temor y sobresalto,
Si se levanta el Todopoderoso
En mi defensa, de su trono sacro,
Si a mi lado se pone el invencible
Y su escudo me cubre soberano,
No temeré mis males, pues seguro
Estaré siempre de que me hagan daño.
Desplómense los cielos de sus ejes,
Trastórnense los montes y peñascos,
Vuélquese el mar, inflámense los vientos
Y en negra tempestad vomiten rayos;
Yo todo lo veré tranquilamente,
Impertérrito siempre y sin espanto,
Si me hacen sombra las sagradas alas
De tu misericordia, Padre amado.
Sobre el áspid y el fiero basilisco
Andaré alegre con sereno paso,
Y pisaré sin miedo el león soberbio,
Y del dragón sangriento no haré caso.
Me reiré de los fraudes y tropiezos
Que pretenda ponerme el hombre malo,
Porque si tú me ayudas, fácilmente
Yo desharé sus redes y sus lazos.
Mas, si por mis pecados, tú quisieres
Que padezca en la cama los asaltos
De cruel enfermedad, o la pobreza
Me devore con lánguidos atrasos;
Si quieres, Padre, sufra los rigores

Ya de la esposa infiel, del hijo ingrato,
Del enemigo cruel, del vil amigo,
Del pérfido traidor, del mal hermano;
Si quieres me atropelle la calumnia
Y que mi honor lo mire vulnerado;
Que una triste prisión, o que la muerte
Den fin a un infeliz, ¿he de rehusarlo?
De ninguna manera. Antes mi gusto
Conformaré contento a tu mandato:
Sólo te pido que me des esfuerzo
Para apurar un cáliz tan amargo.
Sí, castiga, Señor, mis desaciertos,
Pero alienta mi espíritu postrado,
Y ya fortalecido con tu ayuda,
Me arrojaré confiado entre tus brazos.
Sí, yo confesaré que los castigos
Son voces del pastor a su rebaño,
Y si das el azote como padre,
No os puede menos que doler la mano.

Castígame, Señor, no me abandones;
Redúceme al redil a latigazos,
Pues si yo te ofendí, ¿con qué derecho
Me pretendo eximir de los trabajos?
Dame resignación y vengan penas:
Mi espíritu avalora desmayado,
Y entonces las miserias y dolores
Me serán apacibles, suaves, gratos.

En fin, quema, Señor, aquí; castiga,
Oprime, corta y hazme mil pedazos...
Hic ure, hic seca, ut in aeternum parcas,
Como allá me perdones, dueño amado.

FRANCISCO M. SANCHEZ DE TAGLE.

Nació en Valladolid, hoy Morelia, el 11 de enero de 1772. Hizo sus estudios en el colegio de San Juan de Letrán de Méjico, y se graduó en Teología y Jurisprudencia. Tomó parte muy activa en la vida política de Méjico y desempeñó muchos cargos de importancia, antes y después de la independencia. Murió el 7 de diciembre de 1847.

Se publicó, en 1852, una colección de sus poesías, con el título de "Obras poéticas del señor D. Francisco Manuel Sánchez de Tagle", incompleta. Falta en ellos este soneto que, como suyo, copié de algún periódico de la mitad del siglo XIX.

A JESÚS CRUCIFICADO

¡Dulcísimo Jesús!, que en el madero
De una cruz afrentosa estás clavado,
Del Padre por mis culpas irritado
Aplacando el enojo justiciero;

Víctima de expiación, santo Cordero
Entre Dios y los hombres colocado,
Para lavar con sangre mi pecado,
Sufriendo de la muerte el golpe fiero:

Por sólo tu querer te has impedido,
No puedes ya cerrar los amorosos
Brazos al pecador arrepentido;

A ellos nos arrojamos fervorosos,
Ellos nos salvarán del mal temido,
En ellos moriremos venturosos.

JOSE JOAQUIN PESADO.

Hijo de D. Domingo Pesado, español, y de doña Josefa Francisca Pérez, de San Andrés Tuxtla, nació en San Agustín del Palmar, Estado de Puebla, el 9 de febrero de 1801.

Huérfano de padre a los ocho años de edad, jamás asistió a colegio alguno, y sin embargo, con su asiduidad y constancia y bajo la dirección de su madre, llegó a adquirir profundos conocimientos en las lenguas castellana, latina, italiana, francesa e inglesa, y en Teología, ciencias políticas, naturales y exactas, comercio y bellas artes, al grado de que, a la reinstalación de la Universidad, en 1854, fuó nombrado doctor en Filosofía y desempeñó la cátedra de Literatura.

Como periodista, son notables los artículos que publicó en "La Cruz"; fué miembro correspondiente de la Real Academia Española, y murió el 3 de marzo de 1860.

Dejó escritas muchas poesías. La edición más completa de ella es de 1886, que es la tercera.

JERUSALEM RESTAURADA

(*Fragmento del poema «Jerusalem»*)

Con lágrimas amargas contemplaba
Aquel funesto estrago, y el suspiro
Mi lastimado pecho trabajaba:

Cuando, vuelto de un éxtasis, me miro,
Al resplandor de un fósforo distante,
Colocado en un árido retiro.

El Espíritu Eterno en un instante
Allí me trasladó; su diestra fuerte
Me llevó cual relámpago brillante.

¡Espantoso lugar, do se convierte
En polvo la creación, y se dilata
El pavoroso reino de la muerte!

Una serie de rocas ciñe y ata
De una parte sus lindes; el Mar Muerto
Baña por otra aquella tierra ingrata.

Al extender mi vista en el desierto,
De secos esqueletos descarnados
El infecundo suelo ví cubierto.

Y de cráneos y huesos separados,
De sus primeros troncos divididos,
En confuso desorden hacinados.

Nunca experimentaron mis sentidos
Sensación más intensa de amargura,
Ni a compasión mayor fueron movidos.

Entonces se apagó la llama pura
Que brillaba serena y esplendente,
Y sus alas tendió la noche oscura.

Poseído de horror bajé la frente,
Y al suelo la incliné con triste lloro:
Después, volviendo el rostro hacia el Oriente,

Mientras a Dios en mi aflicción imploro,
Miro escrito entre luces en el cielo
el nombre de *Jhove*, con letras de oro.

¡Oh tú, fuente de vida y de consuelo!
Dije con voz rendida y fervorosa,
¿Por qué destruyes tu obra en este suelo?

¿Al seno de la nada tenebrosa
Entregarás, ¡oh Padre! tus hechuras,
Trasuntos de tu ciencia portentosa?

Muévante a compasión las penas duras
A que nacen tus hijos condenados:
No les niegues del todo tus dulzuras.

En esto se agolparon mil nublados,
Y cercaron mis ojos de repente,
Dejándolos en sombras sepultados.

En nueva turbación cayó mi mente,
Y en hondos pensamientos sumergida,
Vagaba en lo pasado y lo presente.

Una lumbre de lo alto procedida
Por la tercera vez brilló a mis ojos,
Y una seña de paz esclarecida

Disipó de mi pecho los enojos:
Un arcángel en medio despedía
Resplandores clarísimos y rojos.

El firmamento eterno comprimía
Al asentar sus plantas, y eclipsaba
Con su luz la diadema que ceñía.

Con paso varonil se adelantaba,
Y el profundo cristal del mar undoso
Sus luces y sus fuegos reflejaba.

Un viejo venerable y respetoso,
Vestido de una túnica de lino,
Y en la mano un bastón de oro precioso,

Reverente a encontrar al Angel vino,
Y arrodillado en tierra alzó el semblante,
Todo arrobado en éxtasis divino.

Mudo permanecía en tal instante:
La barba sobre el pecho le bajaba,
Cruzados ambos brazos por delante.

El cielo de esplendores le bañaba,
Y en posición inmóvil su figura
Su sombra sobre el suelo proyectaba.

El Angel, descendiendo de la altura,
Con una ascua vivísima de fuego
A sus labios tocó con mano pura.

El semblante inclinó radioso luego,
Y en su seno inspiró con sacro aliento
Un alto y divinal desasosiego.

Sobre las alas rápidas del viento
Alzó otra vez el vuelo presuroso,
Y allá en las nubes colocó su asiento.

El anciano salió de su reposo,
Y de santo fervor su seno henchido
Y lleno de entusiasmo glorioso:

Puesto en pie gravemente, revestido
De excelsa majestad, la voz alzando,
Y el cetro de oro al cielo dirigido:

Del poder recibido firme usando,
"Volved de nuevo ¡oh muertos!, a la vida:
En nombre del Eterno, yo lo mando."

Dijo, y al punto, una aura, que impelida
Bajaba de los montes al desierto,
Por un poder incógnito movida;

El suelo resquebrado, seco, yerto,
De florecillas frescas y olorosas
Con su soplo vital dejó cubierto.

Y viéranse en el punto presurosas
Las reliquias humanas reunirse,
Renovando su enlace, artificiosas:

Con nervios y cartílagos unirse,
De carnes, miembros y vigor llenarse,
De fresca piel en torno revestirse:

Un pueblo entero poderoso alzarse,
Y entre cantos de Hosanna, con presteza
En tribus diferentes congregarse.

Colocado el profeta a su cabeza,
Con poderoso esfuerzo lo regía,
Lleno de majestad y de grandeza.

El Angel desde lo alto dirigía
Su marcha, y le indicaba su destino:
La tierra se aplanaba y abatía:

Los montes no estorbaban el camino:
Saltaban de contento los collados:
Brillaba en lo alto el cielo cristalino:

Claras fuentes y lagos sosegados,
Vergeles, huertos, frescas alamedas
Hallaba a su descanso preparados,

Y frutos en las verdes arboledas:
La mano del Eterno le cubría,
Dando sombra a sus sendas y veredas.

Jesuralem, Jerusalem, decía
La turba innumerable, y sus acentos
La bóveda celeste repetía.

Entonces resonaron en los vientos
Mil himnos de alabanza y de victoria,
A que unieron alegres sus concentos
Los espíritus puros de la gloria.

MANUEL CARPIO.

Nació en Cosamaloapam (Est. de Ver.), el 1o. de marzo de 1791, y pocos años después se trasladó con su familia a Puebla. Cursó en aquel Seminario toda la carrera eclesiástica, y, terminada, siguió la de Medicina, que con la protección del señor Obispo Diocesano, perfeccionó en Méjico, donde obtuvo el título en 1832.

Desempeñó muchos cargos públicos y en ellos se distinguió por su honradez. En 1832 dió a luz su primera poesía, que fué una oda a la Virgen de Guadalupe, y desde entonces comenzó a publicar poesías suyas, que más tarde fueron reunidas en un tomo.

Murió el 11 de febrero de 1860, y de sus versos se han hecho varias ediciones en que apenas si hay alguna ligerísima variación.

AL SÉR SUPREMO

O tienda yo mi vista en la llanura
Que va a perderse allá en el horizonte,
O penetre la lóbrega espesura
De algún inculto y pavoroso monte;
Ya contemple del mar la vasta anchura,
O a la espléndida esfera me remonte,
¡Grande y sublime Sér! en todo ello
Descubro absorto tu divino sello:

Tú tiñes las adelfas y las rosas
Aun en botón, con púrpura brillante;

Las azucenas puras y olorosas
Colocas en su tallo vacilante;
Las amapolas frescas y pomposas
Se abren, Señor, bajo tu mano amante;
Y del tomillo en las pequeñas ramas
Mil flores hermosísimas derramas.

Haces crecer el cedro en las montañas,
Y el sauce a las orillas del torrente,
Do nacen los helechos y las cañas
Y yerbas mil en la estación ardiente:
De la tierra fecundas las entrañas
Con el calor y el agua dulcemente;
Y así los campos de verdor revistes,
Tornando alegres los que fueron tristes.

Formaste prodigiosos animales
Que embellecen el bosque y la llanura,
Desde los elefantes colosales
Hasta la mariposa tierna y pura:
En los montes, los campos y breñales
Los pájaros anuncian ser tu hechura;
Y en el agua del mar salobre y densa,
Desde la concha a la ballena inmensa.

Entre los montes de la Arabia triste
Arenales formaste tan ardientes,
Que el pobre insecto con trabajo existe
Privado de las yerbas y las fuentes:

Al árabe incansable allí pusiste,
Al camello y corceles impacientes;
Y del vasto desierto en los horrores,
Islas amenas, pájaros y flores.

Lagunas has formado encantadoras,
Que de lotos ornaste y carrizales
Donde viven las garzas voladoras,
Los ánsares, chorlitos y zorzales:
Por tí brotan las fuentes bullidoras
Para bien de tus hombres y animales:
Y entre bosques inmensos y sombríos.
Haces correr tus bramadores ríos.

Ya en humo envuelto, desde el trono augusto,
Desciendes en tus rápidos querubes.
Y en torno esparces el pavor y susto,
Al surcar tus relámpagos las nubes;
Allí con brazo enérgico y robusto,
Lanzas el rayo formidable, y subes
Cual huracán al cielo, donde el bueno
Oye tranquilo retumbar el trueno.

Para dar de tu fuerza una vislumbre,
Montes hiciste enormes y selvosos,
De verdes faldas y nevada cumbre
Con mil derrumbaderos espantosos:
Por poco que tu cólera relumbre
Abrense ramblas y profundos fosos,

Y con estruendo vuelan arrojadas
Piedras, cenizas, lava y llamaradas.

Las grandes aguas a tu voz de trueno
Espantadas huyeron de la tierra:
Del abismo reuniéronse en el seno
Y formaron el mar que al mundo aterra:
A sus olas tremendas pones freno,
O las levantas como enorme sierra:
Y en los remotos siglos han volcado
En la Atlántida inmensa el mar salado.

En el espacio del redondo cielo
Globos de luz sin número formaste,
Que apenas se perciben desde el suelo,
A pesar de sus moles: tú lanzaste
Mil enormes cometas cuyo vuelo
Quién sabe a qué regiones prolongaste:
Mi alma se pierde en cálculos profundos,
Viendo girar innumerables mundos.

Y el hombre vil en su pequeña nada
Alzando en alto su soberbia frente,
Y dando al sol y cielo una mirada,
"No hay Dios", exclama el mísero insolente.
Natura, en tanto, inmensa, engalanada,
Sigue su vasto plan gloriosamente,
Oyendo con desdén y con desprecio
La voz risible de su insecto necio.

JUAN VALLE.

Nació el 4 de julio de 1838, en la ciudad de Guanajuato, y a los cinco años de edad una enfermedad de los ojos lo dejó completamente ciego. No obstante esto, recibió una esmerada educación literaria, de que da pruebas en todos sus escritos. Fué buen poeta lírico y periodista liberal, lo que le valió ser desterrado en la guerra de tres años. Murió en enero de 1865. Publicó en 1862 un tomo de poesías, del cual está tomado el siguiente fragmento.

A LA CONCEPCIÓN INMACULADA DE LA VIRGEN MARÍA

Virgen bella, tus ojos rutilantes
Son los que rielan al nacer la aurora,
Ellos son los que al cielo dan cambiantes
Con su lumbre fulgente y bienhechora;
Ellos dulces, tranquilos y radiantes,
Prestan luz a la luna brilladora;
Y ellos imprimen luminosas huellas
En la callada faz de las estrellas.

Los blondos pliegues de tu rico manto
Son los que prestan a la noche umbría
Las gratas sombras, cuyo suave encanto
Derrama en nuestro ser tierna alegría;

Esas sombras que a aquel que vierte llanto
Le infunden dulce calma en su agonía,
Y dan a la alta noche silenciosa
Su plácida influencia misteriosa.

Es tu divina voz la que resuena
En medio de los bosques silenciosos
Cuando en la noche lánguida y serena
Pueblan el aire ruidos misteriosos;
Ella es la que alza en la campiña amena
Sonidos delicados y armoniosos,
Y ella gentil, con sus cadencias varias,
Ecos presta a las grutas solitarias.

Es tu aliento divino y fecundante
El que da vida a las lozanas flores,
Y el que apacible llena el aura errante
De frescura y purísimos olores;
El que se esparce místico y fragante
Del bosque entre los plácidos rumores,
Y el que blando se aspira por doquiera
Al llegar la florida primavera.

Es tu celeste y maternal cariño
El que inefable nuestro pecho siente,
Cuando el candor con su brillante aliño
Orla nuestra alma y nuestra tersa frente;
Y en nuestro tierno corazón de niño
Entonces de la fe brota la fuente,

Haciendo con sus aguas deliciosas
Crezcan en él de la virtud las rosas.

Es de tu amor el fuego soberano
El que vierte en nuestra alma la alegría,
Y es tu divina y poderosa mano
La que nos lleva por segura vía;
Son tus ojos antorcha del humano,
Tus acentos tesoro de armonía,
Es tu almo aliento de los cielos brisa,
Y es el iris tu célica sonrisa.

Lance hoy mi lira notas a millares,
Y forme un eco mi atrevido acento
Entre las ondas de los anchos mares
Y entre los pliegues del sonoro viento,
Para decirte en férvidos cantares,
¡Oh Virgen santa! germen de contento:
¡Salve mil veces, mística criatura,
Pura en tu origen y en tu vida pura!

ALEJANDRO ARANGO Y ESCANDON.

Nació en Puebla de los Angeles, el 10 de julio de 1821, y fueron sus padres D. Alejandro María Arango, natural del principado de Asturias, en España, y Doña Guadalupe Escandón, natural de Orizaba, Estado de Veracruz. En 1831 fué enviado a estudiar a Europa y estudió en el Real Colegio de Humanidades de Madrid, más tarde en París, y por último en el Seminario Conciliar de Méjico, donde estudió Derecho Civil y Canónico.

En agosto de 1844 recibió el título de abogado, y desde entonces comenzó a desempeñar varios cargos públicos de importancia. A la caída del imperio de Maximiliano, perdió buena parte de sus bienes, sufrió una prisión de tres meses y se vió desterrado.

Vuelto a su patria, fué nombrado miembro fundador de la Academia Mejicana de la Lengua, de la que llegó a ser Director, y socio de varias de las más respetables sociedades científicas, nacionales y extranjeras.

Escribió un "Ensayo histórico sobre Fr. Luis de León" (México, 1866) que, a pesar de haber sido escrito en Méjico, donde tan pocos documentos pudo consultar, y a pesar de los nuevos descubrimientos históricos, todavía es muy apreciable, y con el modesto título de "Algunos versos", un tomito de poesías, del que tengo a la vista la 2a. edición (México, 1879).

Murió el 28 de febrero de 1883.

LA CONCEPCIÓN INMACULADA DE NUESTRA SEÑORA

Abre, oh Señor, mi labio: a mí descienda
Tu espíritu, y encienda
Mi alma en tu amor. Agradecido suene,
No indigno de tu aliento,
En himno humilde a tu bondad mi acento;
Y cruce el mar y el universo llene.

Doquiera anuncie el regocijo puro,
De que el mortal seguro
Gozó por fin tras larga noche umbría;
Y la feliz aurora
Recuerde, en que tu mano bienhechora,
Amparo de Israel, nos dió a María.

¡Oh dulce instante, y memorable y santo!
Calmó del orbe el llanto
Y el hondo afán de su natal la nueva.
De tu amor infinito
Diste, al formar su corazón bendito,
Al linaje de Adan excelsa prueba.

¡Ah! De la noche el estrellado velo,
El siempre rico suelo,
El sol brillando en la mitad del día,
Menos el pecho inflaman,

Menos la fuerza de ese amor proclaman
Que el alma santa de la Madre mía.

Escogida por tí, de gracia llena,
La bárbara cadena
Un punto no arrastró del enemigo:
Tú alzaste el brazo airado,
Y no llegó ni sombra de pecado,
Al blando seno que iba a darte abrigo.

Te debías a tí tan alta gloria:
Por tu insigne victoria,
Necesaria, Señor, a tu grandeza,
Pudo modesta y pía
Sólo a tus ojos ofrecer María
No indigna de la tuya su pureza.

El grande privilegio verdadero
Confiese el orbe entero:
En ningún corazón la duda habite.
¿Quién, Padre soberano,
Contó las maravillas de tu mano?
¿Quién hay, Señor, que tu poder limite?

¿Retroceder no hiciste la corriente
Del Jordán a su fuente?
¿Al pueblo de Israel no dió camino
Seco el mar a tu acento?
¿Y en la piedra de Horeb no halló sediento
Fresco raudal y puro y cristalino?

¿No cantan las angélicas legiones,
No cantan las naciones
En esa joya de inmortal valía,
Inclinada la frente,
Un prodigio, Señor, más excelente?...
¿No es madre y virgen la feliz María?

¡Ah! que por siempre en soledad se vea,
Que negado le sea
El sol, y gima sin hallar consuelo
El pecho descreído,
Que tu gracia no admire agradecido
En la Reina hermosísima del cielo.

Yo te adoro, Señor: ferviente el labio
Te aclama bueno y sabio.
Al levantar tu mano sacrosanta
A esa Doncella pura,
También, Señor, a singular altura
A la mujer de que nací, levanta.

A LA BONDAD DIVINA

No amargo desconsuelo
Permitas que de mi alma se apodere,
Señor, ni el bien que el cielo
La ofrece, considere
Costoso, y de alcanzarle desespere.

Tu generosa mano
Mantenga sobre el agua mi barquilla,
Siquiera el noto insano
La contrastada quilla
Bramando aleje de la dulce orilla.

Es yugo, mas suave
El de tu ley: es carga, mas ligera:
Con peso harto más grave
Y angustia verdadera
Aflige el vicio, si en el alma impera.

¿A quién, Señor, la vía
No complace risueña y deleitosa,
Que a tu morada guía,
Si en ella siempre hermosa
Entre nardo y clavel crece la rosa?

¿Si cuanto amena es llana,
Y el pie seguro y sin dolor la huella?
¿Si de tu frente emana,
Consoladora y bella,
La luz, que alumbra al caminante en ella?

Fuente, que eterna dura,
Pusiste al fin de la jornada breve:
Quien de su linfa pura
La copia al labio lleve,
Vivir sin sed y para siempre debe.

De su raudal amado,
Lo espero, ha de gustar el labio mío;
Que a tu querer sagrado
Sujeto mi albedrío,
Y en tu bondad inextinguible fío.

Y en la lucha me acojo,
Padre, a la sombra de tu diestra amiga;
Y no el escudo arrojo,
Rendido a vil fatiga,
Ni el yelmo, que me diste, y la loriga.

¡Ay! si injusto recelo
Perturba un día mi quietud serena,
Disipa tú mi duelo,
De gracia mi alma llena,
Y luego, ¡oh Dios! lo que te plegue ordena.

ISABEL PRIETO DE LANDAZURI.

Nació en España, en la Provincia de Ciudad-Real, el 1o. de marzo de 1833. Sus padres, D. Sotero Prieto y Doña Isabel González Bango, vinieron a Méjico y se radicaron en Guadalajara cuando su hija contaba de cuatro a cinco años de edad.

En 1865 contrajo matrimonio con su primo D. Pedro Landázuri y en 1874 se fué con él para Hamburgo, de donde había sido nombrado Cónsul, y donde falleció nuestra poetisa, en 1876.

Sus composiciones poéticas están reunidas en un tomo que se publicó en Méjico, en 1883.

LA PLEGARIA

(A mi hijo.)

Antes de dormir, bien mío,
Cruza tus manitas blancas,
Y con tu voz de querube
Eleva a Dios tu plegaria.
La oración del inocente,
Serena e inmaculada,
Sube más presto a los cielos
De su pureza en las alas.
Es una hora muy dulce;
Tendió ya la noche clara
Su azul y diáfano velo
Que las estrellas esmaltan.

La tibia luz de la luna
Ilumina el panorama
Y en las aguas de la fuente
Deja una huella de plata.
Uno de sus blancos rayos
Penetra por la ventana,
Y atravesando los pliegues
De la transparente gasa,
Que envuelve tu blando lecho
Como una nube argentada,
Con una dulce caricia
Tu frente de rosa baña.
Vamos a orar, hijo mío,
Que ya a la oración te llama
El armonioso concierto
Que la natura levanta
En esta hora solemne,
Misteriosa y sosegada.
Oye: el rumor del arroyo,
Del aura la queja blanda,
Que acariciando las flores
Susurra entre la enramada;
Del postrer trino del ave
La nota indecisa y vaga,
Que en sus alas de zafiro
Tibia la brisa arrebata;
Es una oración, mi vida,
Que pura y ferviente alzan

Los céfiros y las flores.
Los árboles y las aguas,
Las aves y los insectos
Que zumban entre las ramas.
Fija en el cielo un instante
Tu transparente mirada,
Y admira el fulgor sereno
Que las estrellas derraman.
Es el lenguaje sublime
Con que al Creador alaban,
Y su grandeza pregonan,
Y su omnipotencia aclaman.
Es su oración, hijo mío,
Que en luz los astros exhalan,
Como en aroma las flores,
Como en suspiros las auras.
Vamos a orar... no te duermas,
Cruza tus manitas blancas,
Y con tu voz melodiosa
Eleva a Dios tu plegaria.
La oración es el perfume
Más delicado del alma,
La esencia del sentimiento
Hondamente concentrada.
Es la súplica más tierna,
El himno de la esperanza,
La bendición del dichoso,
Del desdichado la lágrima,

La ofrenda de la inocencia,
A Dios tan dulce y tan grata,
Que la plegaria de un niño
Puede lavar muchas manchas.
Vamos a orar; Dios te escucha,
Rápida la noche avanza,
Y para llevarla al cielo
Tu ángel tu oración aguarda.
—"Madre, el niño le contesta,
Después de una corta pausa,
Mientras con sus dos bracitos
El materno cuello enlaza.
"Tú quieres que con Dios hable
Y Dios a mí no me habla,
Y pues que no me responde,
Es que no oye mis palabras."
Selló un beso de la madre,
La boquita nacarada
Que su candorosa queja
Gravemente pronunciaba.
—"Dios te habla siempre, alma mía,
Doquier su voz soberana,
A tu oración respondiendo
Se escucha elocuente y clara,
En el sol que te calienta,
En las sonrisas del alba,
En el aire que respiras
En los goces de tu infancia,

En los besos cariñosos
Del padre que te idolatra,
Y en el amor infinito
Que mi corazón te guarda.
Dios a las madres inspira
La inmensa ternura santa
Con que al hijo tierno adoran
Desde que a la tierra baja;
Dios a las madres ha dado
La previsión delicada
Con que comprenden al niño
Que su auxilio les demanda
En ese mudo lenguaje
Que en un sollozo se escapa.
Mil veces cuando en tu lecho
Tranquilamente descansas,
Sabiendo que sientes frío
Por intuición sobrehumana,
Vengo a cubrirte anhelosa
Desde la próxima estancia,
Es que una voz de los cielos,
Que sólo una madre alcanza,
Le advierte cuando padece
El hijo de sus entrañas.
Cuando te digo: "hijo mío,
Sé bueno, al prójimo ama,
Socorre al necesitado,
Piadoso los males calma."

Dios por mi labio, alma mía,
Estos preceptos te manda,
Que por la voz de una madre
Dios siempre a los hijos habla...
Así, ponte de rodillas,
Dame tus manos cruzadas,
Reclina en mi hombro tu frente
Que blando beleño empapa,
Y comienza.'' Con voz dulce,
Que el sueño en su sombra apaga
El rubio niño repite:
—''Dios mío, yo te doy gracias,
Porque de tí todo bien
Y toda dicha dimanan.
Como eres padre de todos,
Con sencilla confianza
Mi súplica fervorosa
A ti el corazón levanta.
Te pido por el que sufre
Sumergido en la desgracia;
Te pido por el culpable
Que tus preceptos quebranta;
A mis padres que me adoran,
Cuida, Dios mío, y ampara,
Que ser huérfano es bien triste
Me ha dicho mi madre amada.
Hazme bueno y obediente
Y perdóname mi falta.

Y antes que me entregue al sueño,
Que ya mis ojos empaña,
Tu bendición, Dios piadoso,
Que del mal defiende y salva,
En los besos de mi madre
Sobre mi frente derrama.''
Al terminar débilmente,
Estas últimas palabras
En los maternales brazos
Dormido el niño resbala.
El ángel custodio entonces
El blanco lienzo separa,
Y contemplando a la madre,
Que sobre el hijo inclinada,
Su dulce y tranquilo sueño
Con débil canto arrullaba,
Sobre el cariñoso grupo
Tendió las diáfanas alas;
Y de los labios del niño
Recogiendo la plegaria,
Cuyos últimos acentos
Aun indecisos vibraban,
Alzando el vuelo murmura
Con voz apacible y blanda:
—''Voy a llevar a los cielos
Tu oración inmaculada;
Pero me alejo tranquilo,
Pues que tu madre te guarda.''

MANUEL PEREZ SALAZAR.

Nació en la ciudad de Puebla de los Angeles, el 20 de diciembre de 1816, y fueron sus padres D. Manuel José Pérez Salazar Méndez Mont y Doña María Guadalupe Venegas. En el Seminario Palafoxiano hizo toda la carrera de abogado, aunque nunca quiso recibir el título. Desempeñó varios cargos públicos de importancia y murió, el 16 de junio de 1871.

Hay de él un tomito de poesías impresas en Méjico, en 1876.

LA MUERTE DE JESÚS

Rota la sien con la punzante espina,
Está el Ungido de la cruz pendiente,
Y mortal palidez cubre su frente,
Y sombras vagan por su faz divina.

En el nudoso tronco se reclina
Ya devorado por la sed ardiente;
Y exhalando del pecho un ¡ay! doliente,
Bañada en sangre la cabeza, expira.

Y aquel Señor terrible, cuya lumbre
Entre el vivo relámpago y el trueno
Abrasó del Sinaí la excelsa cumbre,

Expira al fin de vituperios lleno,
Ofreciendo a la infame muchedumbre
Perdón su labio, compasión su seno.

MIGUEL JERONIMO MARTINEZ.

Nació en Huejotzingo (Est. de Pue.), en 1817. Abrazó la carrera eclesiástica y se graduó en Teología en la Universidad de Méjico.

En 1846 y 47 figuró como Diputado al Congreso de la Unión. Más tarde fué canónigo de la Catedral de Puebla, y murió en 1870.

A su muerte destruyó buena parte de sus versos, y sólo se escaparon algunos que algún devoto suyo reunió en una mala edición de que tengo a la vista la segunda edición (Puebla, 1877). Del famoso soneto "La Poda" poseo el original auténtico.

JESUCRISTO MODELO DE SACERDOTES

Era bello y gentil como entreabierto
El blanco lirio de fragante aroma.
Y manso como tímida paloma
Que gime solitaria en el desierto.

Ora de sangre y de sudor cubierto,
Cual vil esclavo de la altiva Roma,
Sobre las rocas de ese monte asoma,
De amor rendido y por nosotros muerto.

Venid ungidos: férvidos los pechos
Y humilde el corazón, subid al punto
A la sangrienta cumbre del Calvario;

Y contemplad, en lágrimas deshechos,
El divino ejemplar, cuyo trasunto
Deben ser los ministros del Santuario.

LA PODA

Podando estoy mi solitario huerto,
Hora que del invierno a los rigores,
Marchitos aún los árboles mayores,
Tornóse el campo un árido desierto.

Cuando de galas y esplendor cubierto
El abril pase derramando flores,
Del sol a los vivíficos ardores
Mis árboles darán su fruto cierto.

Si otra poda interior hacer pudiera
Allá en el dulce corazón y el alma mía;
¡Con qué dulce placer, con cuánto anhelo

En el místico huerto recogiera
Flores de amor filial para María,
Frutos de vida eterna para el cielo!

JOSE SEBASTIAN SEGURA.

Nació en la ciudad de Córdova (Est. de Veracruz.), el 20 de enero de 1822, y fueron sus padres D. Vicente Segura Díaz y Doña Juana Montes Argüelles. Hizo sus estudios en el Colegio de Minería, y en 1844 recibió el título de Ingeniero de Minas. Fué académico fundador de la Mexicana de la Lengua.

En algunos periódicos de la época publicó algunas poesías, que más tarde reunió en un tomo, que publicó, por primera vez, en 1872. Después se han hecho varias ediciones de ellas.

En sus últimos años abrazó el estado eclesiástico y murió el 14 de enero de 1889.

CONFIANZA EN DIOS

Cubierto está mi corazón de abrojos,
Como terreno estéril y baldío,
Y desmayado está el ánimo mío
Como las cuerdas de los arcos flojos.

Si compasivo a mí vuelves los ojos,
Templado me veré de nuevo brío,
La cizaña arderá, como en estío
Se abrasan de los campos los despojos.

Y en mi alma sembrarás semilla buena,
Como lo hacen los diestros labradores,
Que, con tu gracia, en frutos se alce llena;

Y admirados verán los pecadores
Que, poderoso, la infecunda arena
Tornaste en huerto de fragantes flores.

CASIMIRO DEL COLLADO.

Nacido en el Valle de Leendo, en la Provincia de Santander, (España) recibió muy esmerada educación literaria en la capital de la Provincia.

Vino a Méjico hacia 1840, y como tantos otros españoles, hizo de esta tierra su segunda patria.

En los periódicos de entonces publicó muchos de sus versos, en los cuales no es rara la nota de acendrado amor a Méjico, y más tarde los juntó en un libro, del que en 1880 se hizo, en Madrid, una segunda edición, con prólogo de Menéndez y Pelayo.

HIMNO

Rompa mi voz en cántico sonoro,
Como tras larga pena
Brota el raudal de reprimido lloro:
Y en tanto que serena
La noche, cielo y tierra y mar abarca,
Y en sombras y en silencio los confunde,
Y blando sueño o tormentoso infunde
Desde el libre mendigo hasta el monarca,
Mi férvida plegaria se levante,
¡Señor! hasta tu trono de diamante.

Las alas dobla el pensamiento débil
Cansado de admirar tu omnipotencia;

Lanza gemido flébil
Sumergida entre dudas la creencia,
Cuando la humana ciencia
El ímpetu doma,
Y aspirando atrevida a comprenderte
De su soberbia al peso se desploma.
Y sólo la oración, blanca paloma,
Ingenua virgen de mirar modesto,
Llega a tocar la orla de tu manto,
Llega a besar tu planta creadora,
Porque en éxtasis santo
Humilde ruega y ciegamente adora.

Los astros luminosos,
Los invisibles mundos
Que surcan majestuosos
Del espacio los ámbitos profundos;
Los mares insondables
Que en la móvil arena,
Do su furia se enfrena,
Precipitan las ondas perdurables;
Los hervorosos montes
Que en columnas de lava y de ceniza
Revientan, y en rojiza
Luz inundan los negros horizontes;
Cuanto sublime en su fecundo seno
Encierra la natura,
Sombra de tu grandeza y hermosura,

Mientras tu faz nos vela,
Tu existencia, poder y amor revela.

¿Con cuánta fe mi espíritu se embriaga
En contemplar las obras de tu mano!
¡Cuánto a mi ardiente corazón halaga
De tu existencia el insondable arcano!
Amarte entre las sombras del misterio,
Con un amor de inexplicable esencia,
Grande cual lo infinito, que es tu imperio,
Puro como la luz, que es tu presencia;
El alma levantar a las regiones
Donde el querub ardiente se extasía,
Surcando, absorta en místicas visiones,
Del éter vago la extensión umbría...
¡Inefable placer! ¡Cómo diría
Mi adoración a ti, si la palabra
Torpe se arrastra en pos del pensamiento,
Que cual rápida flecha, parte, vuela,
Rasga la nube, hiere el firmamento!

De negra noche en la impalpable sombra
Tu mirada penetra, y nada oculto
Existe para ti, desde el inerme
Imperceptible insecto, hasta el soberbio
León que el sueño del descuido duerme.
Así en mi corazón, templo do suenan
Los concentos del arpa en tu alabanza,

Tus ojos ven cómo su centro llenan
La fe, la adoración y la esperanza.

Todo en torno reposa. Entre los ecos
Del rumor de las selvas que repite
La voz sonora de los montes huecos,
Y entre el murmurio de los tersos mares
Que adormidos palpitan en la playa,
Como de un pecho que al dolor desmaya,
Oigo débil suspiro.
¡Voz de la humanidad que errante gime!
Del infortunio el aquilón la azota,
Y resignada, en actitud sublime
Levanta al Criador la frente rota.

Tú la confortarás, que eres amparo
Del que en la tierra sin arrimo vaga,
Y refulgente faro
Al que en las ondas del dolor naufraga.
¡Mísera humanidad! Cual los torrentes
Despéñanse con hórrido bramido
Por ásperas pendientes,
Y luego al extendido
Océano inmortal caen, se hunden
Y en la extensión salobre se confunden;
Ella por la aspereza de la vida
Rápida se derrumba
Hasta el lóbrego abismo de la tumba:
La eternidad inmensa la circuye,

Recíbesla en tu seno,
El alma te contempla ¡Dios del trueno!
Y a la prístina paz se restituye.

¡Dulce creencia! Con su eterno influjo
Reanima el corazón que a piedra inerte
La férrea mano del pesar redujo;
Templa el horror de la terrible muerte,
Y al grato amparo de sus alas de oro
El ánima reposa, mientra el sueño
Seca en los ojos el amargo lloro!
Mi espíritu, Señor, en Ti confía:
Con fe, con esperanza
Alígero se lanza
A la etérea región, y a Ti se acoge,
Bien como el ave, que al morir el día,
De sus plumas recoge
La rica gallardía,
Y en el materno nido se guarece
Que el aura suave de la tarde mece.

TIRSO RAFAEL CORDOBA.

Nació en Zinapécuaro, Estado de Michoacán, el 28 de enero de 1838; hizo sus estudios en los Seminarios de Morelia y Puebla y se recibió de Abogado, en Méjico, en 1864.

Desempeñó varios cargos políticos, tales como Juez de Letras de Tepeji, Jefe Político de Teziutlán y Diputado al Congreso del Estado de Puebla.

Habiendo enviudado, abrazó el estado eclesiástico, en 1879.

Fué nombrado miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, el 27 de marzo de 1881. Murió el 14 de diciembre de 1889.

De sus versos tengo a la vista la segunda edición, hecha en Puebla, en 1878, y de esa están tomados los que aquí van insertos.

EL CAMINO DE LA AMARGURA

A la hora en que marchitas dobléganse las (flores
Cediendo a los rigores del astro abrasador;
Y de las claras fuentes consume los raudales
En tristes arenales el estival ardor;

Odiosa muchedumbre se lanza enfurecida
Del Dios que da la vida la muerte a contem- (plar:

Así las negras ondas se chocan y se agitan,
Así se precipitan en el salobre mar.

No clama ya esa turba cual otro tiempo (inquieta
Al Hijo del Profeta salud y bendición:
Insultos y blasfemias y horrendas amenazas
Se escuchan en las plazas y calles de Sion.

Mirad: hacia el Calvario con lentitud ca- (mina
Un hombre a quien inclina la más pesada cruz;
Sus ojos celestiales ya no despiden bellos
Los plácidos destellos de su fulgente luz.

Espinas punzadoras coronan la cabeza
Del Rey, cuya grandeza domina por doquier:
Sus labios están cárdenos, su rostro ensan- (grentado
Y el cuerpo lacerado pronto a desfallecer.

Verdugos inhumanos le ultrajan, le escar- (necen
Y los sarcasmos crecen del odio más feroz:
En tanto que los justos exhalan conmovidos
Tristísimos gemidos, marchando dél en pos.

Por medio de la turba penetra silenciosa
Tendiendo cuidadosa su lánguido mirar,

La madre inmaculada del Dios omnipotente
La Virgen inocente, transida de pesar.

No tienen sus mejillas divinas, pudorosas,
De las tempranas rosas el brillo, ni el color:
No hay en su labio quejas, ni hay en sus ojos (llanto,
Es mudo su quebranto, sublime su dolor.

Al ver en su almo rostro la pena indescrip- (tible
Que destrozaba horrible su tierno corazón,
Las hijas de Solima: "¡Oh Madre! ¡cruel (tormento!"
Dijeron con acento de grande compasión.

Mas ella nada escucha, su pensamiento fijo
Encuéntrase en el Hijo que expira ya tal vez:
Y vuela a todas partes cual desprendida hoja
Y crece su congoja y aumenta su avidez.

Al fin entre las olas del pueblo alborotado
Contempla ensangrentado, cubierto de sudor
Al hombre que se inclina jadeante y abatido
Y cae desfallecido a impulsos del dolor.

Del fondo de su pecho se escapa un ¡ay! (terrible
Que expresa indefinible su padecer atroz;

Y el Hombre Dios en ella clavando la mirada.
La dice: ¡Madre amada!, con angustiada voz:

La madre oyó ese acento tan triste y las-
(timero;
Aquel adiós postrero del Hijo celestial;
Se doblan sus rodillas, y, presa del tormento,
Se queda sin aliento su cuerpo virginal.

¡Oh madre sin mancilla a quien la pena
abruma!
¿Qué humana voz, qué pluma pudiera describir
De tu fatal encuentro el sufrimiento rudo,
Que fué cual dardo agudo tu corazón a he-
(rir?...

Cuando la triste virgen salió de su letargo,
En su dolor amargo buscando al redentor,
Al monte del suplicio llegaban presurosas
Las turbas procelosas, bramando de furor.

Tras ellas fatigada la víctima inocente
Dirígese impaciente al fúnebre lugar...
¡Perdón, oh santa Virgen! Olvida los dolores
Que ingratos pecadores te hicieron apurar!

FRANCISCO DE P. GUZMAN.

Humanista de primer orden, poeta de inspiración elevada, cuyas composiciones revelaban a primera vista las fuentes purísimas en que había bebido. Tal es el juicio del Sr. D. José María Vigil en el artículo necrológico que le consagra en las "Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua (T. II, 1880, p. 460). Murió el 10 de enero de 1884, cuando no contaba cuarenta años de edad, y era profesor de latín en la Escuela Nacional Preparatoria y académico de número de la Lengua.

Las pocas composiciones suyas que se conocen, fueron publicadas en "El Tiempo"—Edición literaria México—1883, y en las "Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua".

A SANTA TERESA DE JESÚS

Limpia joya de España,
Del Carmelo regalo y hermosura,
¿Qué luz tu frente baña
De serena dulzura,
De alegre majestad y compostura?

El alma de tu Esposo
Con la tuya purísima enlazada
En éxtasis sabroso,
Enciende enamorada
En apacible fuego tu mirada

Embalsamado lecho
De azucenas purísimas y rosas
Le brindas en tu pecho,
Y en su seno reposas
Al son de sus querellas deliciosas.

De su labio, que mana
Fragante miel de lirios inmortales,
Dulzura sobrehumana
Aspiran a raudales
Tus encendidos labios virginales.

Y viértesla a torrentes
En el pecho de mil generaciones,
Que te escuchan fervientes;
Pues corona tus dones
El don de enamorar los corazones.

Pendientes de tus labios,
Aprenden celestial sabiduría
Atónitos los sabios;
Quien te elige por guía
Derecho va a la luz de eterno día.

¡Y tú sola ignorabas
La divinal, espléndida riqueza
Que en el alma guardabas!
¿Cómo ¡ay! en tanta alteza
Puedes nomás pensar en tu bajeza?

Del amor que atesora
Tu generoso corazón te olvidas!
Y pobre pecadora,
Juzgas en tí perdidas
Las arras del Esposo recibidas.

¡Oh misterio profundo
De santidad! De sí tan bajo siente
Alma que huella el mundo
Con planta indiferente
Y cuanto precia el mundo locamente!

Alma que en casto fuego
Ardiendo por Jesús crucificado,
Pide en perenne ruego
Padecer continuado
O muerte que la junte con su amado.

¡Alma que en santo vuelo
Se eleva, de sí misma desprendida,
Y se abisma en el cielo,
Y en tu seno escondida,
Vive, oh fuente del ser, tu propia vida.

Y yo, que traigo escritos
En la frente asquerosa todavía
Con cienos mis delitos;
Yo que ciego vivía
Gastando en tus ofensas noche y día;

Yo, gran Señor, que ahora,
Cuando ya tus piedades me arrancaron
A tu ira vengadora,
Y mi senda alumbraron,
Y mi torcido rumbo enderezaron,

Aun embebecido,
Me paro a contemplar, falto de aliento,
El arbol defendido,
Y tentado me siento
A buscar en sus ramas alimento.

Yo, triste, que deliro
Por sosegada vida y sin quebranto,
Y si por tí suspiro,
Es no más, cielo santo,
Porque término pongas a mi llanto;

¡Escondo mis flaquezas
Del mundo y de mí mismo a las miradas;
Y las pobres riquezas
Ostento mal guardadas,
Por tu bondad en mí depositadas!

Por eso tú, Dios mío,
El ardor vigoroso de tu aliento
Niegas al pecho mío;
Y tibio y soñoliento,
Jamás en tus festines hallo asiento.

Mas a Teresa diste
De todas tus riquezas los primores,
Diadema le ceñiste
De inmarcesibles flores
Y abrasaste su pecho en tus amores.

¡Virgen hermosa y pura,
Alúmbrese a la luz de tu aureola
Tu patria sin ventura;
Mas no tu patria sola,
Que Méjico también es española.

MANUEL GUTIERREZ NAJERA.

Hijo de don Manuel Gutiérrez y de doña Dolores Nájera, nació en Méjico, el 22 de diciembre de 1859.

A los trece años de edad comenzó a escribir artículos y poesías en los periódicos, y durante su vida entera siguió siendo un activísimo colaborador literario en varios periódicos.

Murió el 3 de febrero de 1895, y después de su muerte se coleccionaron sus obras, de que hay varias ediciones.

A LA VIRGEN MARÍA

(*Fragmento*)

¡Oh reina inmaculada! Por tu sin par pureza
Tú fuiste la escogida Esposa del Señor,
Y rota y quebrantada por tí fué la cabeza
De la infernal serpiente que nos indujo a error.

Mis ojos te contemplan, hermosa cual nin-
(guna,
Subir hasta los cielos en busca de tu amor;
Y mírase a tus plantas la refulgente luna,
Y céreate la aurora con su rosado albor.

Tus ojos obscurecen la luz de las estrellas,
El aura es tu sonrisa dulcísima y fugaz,

Y el cielo que admiramos, la alfombra de tus
(huellas,
Y el sol resplandeciente, la sombra de tu faz.

Revélanos tu nombre el murmurar del río,
Repítenlo las aves en lánguida canción,
Y en el mundano suelo lo invoca el hombre
(impío
Cual dulce mensajero de paz y de perdón.

Te invoca el marinero en la borrasca ruda,
Invócate el soldado en la batalla cruel,
Y al mísero marino tu patrocinio escuda,
Y ciñes al guerrero con inmortal laurel.

Los ángeles te adoran en éxtasis sublime,
Los míseros mortales te elevan su oración;
Porque es tu nombre santo, consuelo del que
(gime,
Porque nos da tu nombre la paz del corazón.

¡Tesoro de esperanzas, promesa de cariño,
Iris resplandeciente del cielo espiritual,
Más blanca que los linos, la nieve y el armiño,
Mi fe te ha proclamado desde pequeño niño,
Sin mancha concebida de culpa original!
Al alumbrar mis ojos la luz del nuevo día,
Al toque religioso que invita a la oración,
Y al reclinar mis sienes del sueño a la porfía,

Te ha enviado siempre el alma, purísima (María,
Envuelta en sus plegarias, la fe del corazón.

A tí caminan siempre mis tristes confiden- (cias,
Mis lúgubres suspiros se elevan siempre a ti,
Y en los coloquios dulces de santas conferen- (cias,
Balsámicos consuelos de todas sus dolencias,
El alma apesarada encuentra siempre en tí.

¡Estrella de los mares! la nave de mi vida
Desmantelada y frágil te plazca dirigir;
Los últimos acentos de mi alma agradecida
Te llamen, Virgen santa, sin mancha conce- (bida,
Mis últimas miradas te encuentren al morir.

GUILLERMO PRIETO.

Nació el 10 de febrero de 1818, en la ciudad de Méjico. Afiliado a la política, fué diputado al Congreso Constituyente de 1857; de 1858 a 1862 fué Ministro de Hacienda, y más tarde diputado al Congreso General, en varios períodos.

Poeta lírico de los más populares de Méjico, dejó publicadas muchas obras en prosa y verso, y aunque no se dedicó a la poesía religiosa, no faltan entre sus composiciones algunas de carácter religioso, como el fragmento que aquí va inserto.

Murió en Tacubaya, el 2 de marzo de 1897.

A MARÍA, MADRE DE DIOS

(*Fragmento*)

Yo que nací a gemir, que hasta las heces
El cáliz apuré de la amargura,
Balbutiendo en el seno de mi madre
Invoqué apasionado tu ternura.

Ven, mi madre adorada, cuando niño,
Al frente de tu imagen, me decía,
Ven, le diremos nuestras hondas penas:
"Tú lloraste también, Virgen María."

Y huérfano y doliente y consumido
Por el hielo letal de la pobreza,
Me pareció que tu divina mano
Acariciaba amante mi cabeza.

Huérfano soy; mi padre idolatrado
Se perdió en los desiertos de la muerte;
Como casco de barco abandonado
Juega conmigo la implacable suerte.

Me dió la religión el infortunio
Y la avivan los males que me oprimen,
Porque la cruz, insignia de quebranto,
Será siempre la fe de los que gimen.
Hijos del corazón, de mi alma dueños,
Yo te los consagré, Virgen María.

Y te invoqué cuando su labio en sueños
Al angel de la muerte sonreía
Ellos serán contigo mi esperanza
En mi hora congojosa de agonía.

Virgen, me ves a tus divinas plantas
Vertiendo el corazón adolorido;
El oculto pesar lo ha envejecido;
Alivio denle tus miradas santas.

Cada vez que la aurora de los cielos
Marca el tiempo que fueron tus dolores,

Vengo a pedirle a tu piedad consuelos,
Vengo a ofrecerte lágrimas y flores.

Acéptalas, oh Madre, con ternura,
Bien de mis hijos, fe de mi María,
Y con la luz de mi postrero día
Halle piedad en tu sonrisa pura.

JOSE MARIA ROA BARCENA.

Nació en la ciudad de Jalapa, del Estado de Veracruz, el 3 de septiembre de 1827, y fué hijo de don José María Rodríguez Roa y doña María de la Concepción Bárcena. En sus primeros años se dedicó al comercio; pero, habiendo venido a Méjico, en 1853, sentó plaza de periodista y colaboró y dirigió algunos de los mejores periódicos católicos que por entonces se publicaban en Méjico.

Durante algún tiempo figuró en la política, siempre en las filas del Partido Conservador; ocupó algunos puestos de importancia y sufrió algunas persecuciones; pero, a la caída del Imperio de Maximiliano, se retiró de la vida política y volvió a sus ocupaciones comerciales.

Fuó miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, y es largo el catálogo de sus obras históricas y literarias, en prosa y verso, algunas de las cuales merecieron muy cumplidos elogios de crítico tan competente como el señor Menéndez y Pelayo. Murió el 21 de septiembre de 1908.

Las poesías aquí insertas han sido tomadas de su precioso opúsculo "Flores de Mayo".

LA PRIMAVERA COMO ESPERANZA DE LA VIDA ETERNA

¡Cual la naturaleza, agradecida
A la próvida mano

Que la sacó del caos y dió vida,
Del rey astro al influjo soberano,
Ya al espirar la dulce primavera,
Ornada se nos muestra y en espera
De las ardientes horas del verano!
Del cándido penacho de las nieves
Altiva se despoja
Y de verde se viste la montaña:
Tiembla en el árbol la naciente hoja
Movida a impulso de las auras leves,
Y de amorosa hiedra
Se cubre la pared de la cabaña.
¡Oh fresca aurora! ¡oh delicioso día!
¡Cómo, al sentir tu mágica influencia,
Abriga la esperanza el alma mía
De otra vida mejor en la presencia
Del Sumo Rey del cielo
Cuando, rotos los lazos miserables
Que la aprisionan hoy en este suelo,
Enjugue todo llanto
Y la preciada libertad que ansía
Goce en el Monte Santo
De eternas flores y perenne día!

ASPIRACIÓN AL CIELO

No siempre, dócil y sumisa esclava
Ha de besar el alma las cadenas

Que aprisionada al cuerpo vil la tienen:
A regiones más puras y serenas
Que aqueste mundo que de cárcel sirve,
Mansión de duras penas,
Remonte alguna vez osado el vuelo,
Que en la tierra no es más que peregrina,
Y su patria es el cielo.
En éxtasis de amor el alma suba
A la mansión divina,
Y, aunque vida mortal arrastre en tanto
Que el débil cuerpo hasta el sepulcro avanza,
No viva sino en Dios tres veces Santo,
Que es del hombre refugio y esperanza.

FELIX M. MARTINEZ Y ARISTEGUI.

Nació en La Piedad Cabadas (Est. de Mich.), el 18 de mayo de 1863. Hizo sus estudios en el Seminario de Morelia y en él fué después profesor. Abrazó la carrera eclesiástica y fué ordenado Presbítero en 1888. Ingresó al Coro de la Catedral en enero de 1901.

En 1905 se hizo una edición de sus poesías con el sencillísimo título de "Versos".

INVOCACIÓN

Abre mi labio tú, dulce amor mío,
Y el cántico sonoro
Salga del corazón y humilde llegue
A tu encumbrado solio:
Que se escuche ¡oh Jesús! cual débil nota
Del himno majestuoso
Que a tu inefable gloria se levanta
Del universo todo;
Que sus acentos oigan los mortales
Ante tu amor absortos,
Y resuene su flébil melodía
En el celeste coro.
Aunque en esta morada de tristeza
No te miren mis ojos,
En cuanto existe tu hermosura veo
Y tus bondades toco;

En lo adverso y lo próspero te alabo,
Y tu piedad imploro
Cuando el primer fulgor tímido surge
En la región del orto;
Cuando la luz, en el mediar del día,
Derrama sus tesoros;
Cuando la noche constelada vierte
Refrigerante soplo.
Tuyo soy; a la luz de tu mirada,
Me siento venturoso,
Y del mundo insensato sólo quiero
Olvido y abandono...
Mientras unos te niegan o maldicen,
Y te desprecian otros,
Rendida el alma, el corazón rendido,
Y la frente en el polvo,
Te doy gracias, Señor, y te confieso,
Te bendigo y te adoro!

ATENOGENES SEGALE.

El Presbítero don Atenógenes Segale, hijo de don Angel Segale, italiano, y de doña María de Jesús Saldaña, michoacana, nació en la ciudad de Zamora, Estado de Michoacán, el 10 de diciembre de 1860. Comenzó sus estudios en el Seminario de su ciudad natal, y en 1883, transladada su familia a esta capital, ingresó en su Seminario, donde prosiguió sus estudios hasta haber terminado la carrera sacerdotal.

El 16 de julio de 1903 murió en Toluca, tras de brevísima enfermedad.

Como se ve, su vida fué bien corta, y es de lamentar que lo haya sido tanto, porque las obras que dejó publicadas en prosa y verso, muestran, a quien las estudia con algún cuidado, que tenía un talento claro, una magnífica instrucción literaria y una rara facultad de asimilación, y que, andando los años, natural y gradualmente había ido corrigiendo las faltas propias de los pocos años y de la poca experiencia, que es su consecuencia natural.

Los versos aquí copiados lo han sido del tomo I de sus obras, en el que comenzó a reunir lo que había ido publicando en ediciones separadas. (México. Librería de J. L. Vallejo. 1901).

A SANTA TERESA EN ÉXTASIS

Te habla la voz divina, resonando
Dentro del alma, que en dulzor se anega,

Y los sentidos de tu cuerpo ciega
Un mar de luz, en lo interior brotando.

Suspéndese la vida, retemblando
A la presencia de su Dios, que llega;
Y Dios al alma su virtud allega,
Como airecillo de la tarde blando.

De toda ciencia y todo amor traspasa
La esfera tu alma, y luz no conocida,
Suprema luz a iluminarla pasa.

Toda verdad a un punto reducida
Contempla, y de ella en el amor se abraza:
¡Oh desmayo feliz, oh muerte, oh vida!

JOSE MARIA VIGIL.

Don José María Vigil nació en la ciudad de Guadalajara, el 11 de octubre de 1829, y en el Seminario de aquella ciudad hizo sus estudios de latinidad y filosofía, continuando en la Universidad los de jurisprudencia, que no llegó a terminar, por haberse lanzado a la vida política, sentando plaza como periodista en el periódico "La Revolución".

En 1849 publicó sus primeros versos en "El Album", periódico que salía de las prensas de don Ignacio Cumplido, en esta capital, y en 1851 se representó, en el Teatro Principal, de Guadalajara, su primer drama, "Dolores", que fué recibido con grande aplauso.

Durante su larga carrera ocupó muchos puestos políticos y literarios y publicó muchas obras de muy variado carácter, hasta haber sido nombrado Director de la Biblioteca Nacional, en cuyo puesto murió, el 18 de febrero de 1909.

En ese mismo mes y año publicó el "Boletín de la Biblioteca Nacional de México", un número extraordinario que necesita consultar quien desee más amplios informes, porque los tiene muy completos sobre su vida y obras.

A LA MADRE DE DIOS
EN SU INMACULADA CONCEPCIÓN

(*Fragmento*)

. . . . . .

¿En dónde está la voz, dónde el acento,
Dónde la nota que elocuente pudo
Reducir a expresión ese portento
Que fué del hombre protector escudo?
¿Quién sobre el hombre concibió el intento
De cantar a María, sin que mudo,
Abismado de ver su empresa vana
Detenga el vuelo de la mente humana?

No hay en las flores apropiadas tintas,
Ni en la frente del sol lumbre destella,
Para hacer sus facciones bien distintas,
Ni copiar de sus ojos la luz bella.
Ni del arroyo las plateadas cintas,
Ni la gallarda palma que descuella
Pueden por su belleza compararse
Con la que sólo a sí puede igualarse.

El blando soplo de la fresca brisa
¿Qué viene a ser junto a su voz candente?
¿Qué viene a ser junto a su tierna risa
La luz temprana del lejano oriente?

El lirio que entre zarzas se divisa
¿Qué hará junto a la albura de su frente?
¿Qué hará junto a su boca nacarada,
Cuando empieza a entreabrirse la granada?

¡Ah! Fácil es decirlo: todo es sombra,
Mezquina imperfección, torpe bosquejo,
Junto a esa niña que al Empíreo asombra,
De quien todo lo bello es un reflejo.
La luna y las estrellas son su alfombra,
A su alma pide la virtud consejo,
Y la alta perfección que en ella brilla
Del mismo arcángel la corona humilla.

La humana inteligencia no podría
En sus arranques de renombre avaros,
Imaginar un ser como María
Que tuviera atributos tan preclaros.
Nunca soñó la mente que algún día
Pudiera juntos ver los nombres caros
De hija mimada del Eterno Padre,
Virgen al mismo tiempo, esposa y madre.

.. ..

Ella es, miradla allí; su ebúrneo seno
Cubre modesta con hermosa mano;
En su mirar tan cándido y sereno
No hay nada de pequeño, ni de humano.

Su aire de majestad se encuentra lleno
De esa gracia, atributo soberano,
Que hace llorar de gozo al que confía
En su amor maternal, en su alma pía.

Suelta en el aire la sutil madeja
De su blondo cabello, que acaricia
El halagüeño céfiro que deja
En cada suave rizo una caricia,
Alta la noble frente en que refleja
La suprema bondad, y la delicia
Hace de los querubes que la miran,
Y en torno de ella enamorados giran.

Su labio que oscurece la escarlata
Cuando risueña con amor despliega,
De gozo el universo se arrebata,
Las almas todas de consuelo anega.
En torno de su cuerpo se destaca
La luz copiosa que al infierno ciega,
Y hace huir las sombras de la muerte,
Porque es más que el amor terrible y fuerte.

Ella es, miradla allí: grato perfume
De su vestido cándido se exhala,
Más puro que el benjuí que se consume
De regio alcázar en la augusta sala.
Bajo su calcañal la frente sume
La serpiente infernal que se resbala

Gimiendo de rencor, de muerte herida,
En su orgullo impotente retorcida.

Las flores a su paso la corola
Abren de aromas y matices rica;
El cielo de las nubes que arrebola
Los vistosos cambiantes multiplica;
Todas las lenguas hacen una sola
Que por Madre del Verbo la predica;
Y en medio de tan mágico concierto
No hay corazón que permanezca muerto.

Ella es, miradla allí: ella es María,
La hermosa niña que eligió el Eterno
Para ser de los orbes la alegría;
Para romper el reino del infierno.
Ella es la sola que debió algún día
En su seno llevar al hijo tierno
Que, olvidando del hombre la torpeza,
Toma su carne, viste su flaqueza.

¿Y era posible que la joven casta,
Más pura que la gota de rocío,
Fuera sujeta al fómes que devasta
La humana raza con aliento impío?
¿Era posible que la voz que basta
A romper de Satán el poderío,
Levantara el acento que desgarra
Cuando siente el mortal su fuerte garra?

¿Cuándo la luz que disipó la noche
Se aduna con las nieblas que destruye?
¿Cuándo del sol el diamantino coche
La espesa sombra sin color circuye?
¿Cuándo la flor su perfumado broche
Abre en el seno del sepulcro, y huye
Del céfiro halagüeño que atraviesa
Y su pistilo enamorado besa?

Pues más fácil sería que la nieve
Carámbanos formara dentro el fuego;
Que el alto arcángel que su esencia bebe
En la fuente del ser, quedara ciego:
Más fácil fuera que el orgullo aleve
Del soberbio Satán alzara un ruego,
Que en esa estrella que a la estrella alumbra
Una mancha se hallara, una penumbra.

No puede, no, la Emperatriz del cielo
Que ve el infierno de furor beodo,
Su majestuoso manto por el suelo
Arrastrar entre escoria y entre lodo.
No puede, no, la que elevó su vuelo
Con soberana pompa sobre todo,
Del mismo reino que su planta acaba
Soportar las cadenas como esclava.

.. ..

JOAQUIN ARCADIO PAGAZA.

Nació en la ciudad de Valle de Bravo, Estado de Méjico, el 6 de enero de 1839.

Hizo sus estudios en el Seminario Conciliar de Méjico, y ordenado sacerdote, en mayo de 1862, desde luego fué nombrado Cura interino de Taxco, en el Estado de Morelos, y poco después catedrático de latinidad y retórica en el dicho Seminario.

Seis años regenteó la cátedra, y luego fué, sucesivamente, Cura de Tenango del Valle, en el Estado de Méjico, del Sagrario Metropolitano, Canónigo de la Catedral, y en 1895 preconizado Obispo de Veracruz, donde residió hasta su muerte, acaecida el 11 de septiembre de 1918.

Fué miembro de la Arcadia romana y de la Academia Mexicana de la Lengua, y como traductor de Horacio y de Virgilio, y como poeta bucólico, ocupa lugar distinguidísimo en el mundo de las letras castellanas.

Publicó varios tomos de versos que nunca quiso poner a la venta, sino que por su mano repartió a sus amigos.

A UN GIRASOL

Espejo de lealtad, flor admirable,
Que inmoble y a la par con movimiento,
Saludando de Febo el nacimiento,
A su ocaso le sigues invariable.

Es tan fino tu amor inimitable,
Que si envuelto en su manto ceniciento
Esquivo se levanta y soñoliento,
A través le contemplas siempre amable.

Si al amante Jesús, mi sol divino,
Que me busca y acecha enamorado,
Como tú al luminar amara fino,

No me helaría el verle disfrazado,
Con capuz ingenioso y peregrino,
Esconderse de mí Sacramentado.

FEDERICO ESCOBEDO.

Conocido en los círculos literarios con el nombre de Tamiro Miceneo, que es el que usa entre los Arcades de Roma, es entre ellos popular el P. D. Federico Escobedo.

En los varios libros de versos que ha publicado, revela los estudios clásicos y la esmeradísima educación literaria que ha recibido.

Vive todavía y es académico de la lengua, correspondiente de la española.

CUPIO DISSOLVI

¿Cuándo, Señor, el día
Llegará de la eterna bienandanza,
Radiante de alegría,
En pos del cual se lanza
Con amoroso anhelo mi esperanza?
Rota ya la cadena
De la materia vil del bajo suelo,
¿Cuándo el alma serena
Podrá romper el vuelo
Y las mansiones habitar del cielo?
Esa "Casa de oro",
¿Cuándo gozarla le será ya dado?
¿De su inmortal tesoro,

Hasta cuándo privado
Ha de quedar el pobre desterrado?
  Traspasar tus fronteras
Anhelo ya, mansión de mis amores;
Sentarme en tus riberas,
Ceñirme con tus flores,
Y escuchar de tus fuentes los rumores!
  Ver los muros lucientes
Que te circundan, celestial palacio,
Bañarme en tus corrientes,
Y por el leve espacio,
Cabalgar en tus nubes de topacio!
  Mas... ¡ay! que es trance duro,
Cerca la orilla ver; casi tocarla,
Juzgarse ya seguro,
Y luego...¡oh Dios! dejarla
Cuando el barco feliz iba a gozarla.

  ¡Ah no, Señor! Tus brazos
Tiende bondoso al pobre navegante,
Quebranta ya sus lazos,
Y, pueda, en un instante,
Ir la gloria a beber en tu semblante.

IGNACIO MONTES DE OCA Y OBREGON.

El Ilustrísimo señor Obispo de San Luis Potosí, cuyos son los dos sonetos siguientes, conocidísimo en el mundo de las letras, en Méjico y en el extranjero, con el nombre de "Ipandro Acaico", que es el que usa entre los Arcades de Roma, nació en Guanajuato, el 26 de junio de 1840, y fueron sus padres don Dionisio Montes de Oca y doña María de la Luz Obregón.

Hizo sus estudios con muy notable aprovechamiento en Inglaterra y en Roma, donde se graduó Doctor en Teología y en ambos derechos.

Como, a Dios gracias, vive todavía, no diremos de él sino que sus obras pastorales y meramente literarias, que son numerosas y bien conocidas, han sido con toda justicia elogiadas por los mejores literatos nacionales y extranjeros.

Los sonetos que aquí van incluídos han sido tomados de su último librito. "A orillas de los ríos", preciosa colección de cien sonetos, publicados en Madrid, en 1916.

LAMENTOS FILIALES

¡Virgen de Guadalupe! ¿en qué montaña,
En qué caverna o valle te escondías
Cuando las huestes de Satán, impías,
Nos derribaron como frágil caña?

¿Es para Ti, por dicha, tierra extraña
La que antes con tu manto protegías,

Y de ídolos librabas y herejías
Cuando era, y se llamaba, Nueva España?

Si con su corazón te da su hacienda
Méjico independiente, y te corona,
De vasallaje y gratitud en prenda,

¿Por qué tu valimiento no lo abona,
Y en extranjera y en civil contienda
Parece que tu cetro la abandona?

SIMON CIRENEO

¡Hija del mar, espléndida Cirene,
Madre de Reyes e ínclitos varones,
Que de Píndaro ensalzan las canciones
Y hacen que en su loor mi lira suene!

De uno solo mi pecho celos tiene,
Aunque en tu libro de oro no lo pones;
Del más obscuro de los tres Simones
Que de Cristo la Cruz, noble sostiene.

Su peso aligerar, de hábil atleta
Con fuerza y maña, atónito lo veo,
Hasta llegar del Gólgota a la meta.

A mí también, a su inmortal trofeo,
Jesús con dulce lazo me sujeta:
Pero no acierto a ser buen Cireneo.

ENRIQUE FERNANDEZ GRANADOS.

Nació en México, el 4 de julio de 1867, y fueron sus padres don Gabriel Fernández y doña María de los Dolores Granados. Hizo sus estudios en la Escuela Nacional Preparatoria, y, por causas ajenas de su voluntad, no pudo seguirlos hasta hacer una carrera literaria.

Aficionado a la bella literatura desde su primera juventud, casi puede decirse que por sí mismo se formó el buen gusto literario, del que ha dado relevantes pruebas en los varios libros de versos que ha publicado, entre los cuales son los principales los titulados ''Mirtos'', ''Mirtos y Margaritas'', ''Antología'' y ''Exóticas''.

El soneto que aquí publicamos está tomado de la nueva edición de ''Mirtos'', y ha sido corregido por el autor, para incluirlo en esta Antología.

''Fernangrana'', que es el pseudónimo con que es generalmente conocido Fernández y Granados, vive todavía y es Secretario de la Academia de la Lengua correspondiente de la Española.

MISÉRERE MEI DEUS

Alma mía... valor... Cruza paciente
El árido sendero, a Dios invoca,
Y no te obstines, imprudente o loca,
En acrecer tu daño eternamente.

Vuelve tu vista a Dios; Padre clemente,
El olvida el agravio, el mal sofoca...
El, de tu vida en la escarpada roca,
Hará brotar la cristalina fuente...

Vamos... ¡valor!... acércate, y, de hinojos
Póstrate... ¡así!... Mientras tus labios oran,
Se convierten en lirios tus abrojos...

—¡Gracias, Señor!... Los tristes que te im-
(ploran
Consolados serán... Lloráis, mis ojos...
¡Cuán bienaventurados los que lloran!

NOTA

(al pliego de Fr. Miguel de Guevara, siglo XVII.)

Ya en prensa esta colección y cuando ya no era posible retirar este pliego, he visto en el *Ensayo de una biblioteca ibero-americana de la Orden de San Agustín*, de Fr. Gregorio de Santiago Vela, O. S. A. la prueba de que no es Fr. Miguel de Guevara el autor del soneto

No me mueve mi Dios.....

y esto me hace sospechar que tampoco lo será de los otros.

J. G. G.

INDICE

Págs.

Dos palabras al lector 3

SIGLO XVI

Anónimo. 11
Fernándo de Córdoba y Bocanegra 19
Francisco de Terrazas 24
Fernan González de Eslava 27
Anónimo. 33

SIGLO XVII

Miguel de Guevara 39
Isidro Sariñana. 42
Sor Juana Inés de la Cruz. 45
Francisco Corchero Carreño 54
Nicolás de Guadalajara 58
Luis de Sandoval y Zapata 61

SIGLO XVIII

Cayetano Cabrera y Quintero 65
José de Castro 71
Diego Calderón Velarde 75
Juan Antonio de Mora 77
Francisco Javier Lozano 79
Juan Arriola 82
Diego José Abad 88

SIGLO XIX

Págs.

Manuel Navarrete 95
José Manuel Sartorio. 102
José Joaquín Fenández de Lizardi. 106
Francisco M. Sanchez de Tagle 114
José Joaquín Pesado 116
Manuel Carpio 123
Juan Valle. 127
Alejandro Arango y Escandón 130
Isabel Prieto de Landázuri 136
Manuel Pérez Salazar. 143
Miguel Jerónimo Martínez 144
José Sebastián Segura 146
Casimiro del Collado. 148
Tirso Rafael Córdoba. 153
Francisco de P. Guzmán 157
Manuel Gutiérrez Nájera 162
Guillermo Prieto. 165
José María Roa Bárcena. 168
Félix M. Martínez y Arístegui 171
Atenógenes Segale. 173
José María Vigil. 175
Joaquín Arcadio Pagaza. 181
Federico Escobedo. 183
Ignacio Montes de Oca y Obregón. 185
Enrique Fernández Granados 187

TOMO III.

1. El Cantar de los Cantares, traducción y notas de Rafael Cabrera. (Agotado.)
2. Poesías selectas de *Salvador Rueda*, pórtico de Rubén Darío. (Agotado.)
3. Prosas y Versos de *Guillermo Prieto*, selección y estudio de Luis González Obregón. (Agotado.)
4. Poesías de *Leopoldo Lugones*, prólogo y selección de Antonio Castro Leal. (Agotado.)
5. Prosas de *Justo Sierra*, selección y estudio de Agustín Loera y Chávez. (Agotado.)
6. La Virgen Ursula de *Gabriel D'Annunzio*, traducción y estudio de Carlos González Peña. (Agotado.)

TOMO IV.

1. Salomé de *Oscar Wilde*, traducción y prólogo de Efrén Rebolledo. (Agotado.)
2. Teatro de *Juan Ruiz de Alarcón*, estudio de Julio Jiménez Rueda.
3. Cuentos de Perrault, nueva traducción.
4. Escritos y Composiciones Musicales de *M. M. Ponce*, prólogo de Rubén M. Campos.
5. Hermann y Dorotea de *Goethe* (Agotado.)
6. Cartones de Madrid. Ensayos de *Alfonso Reyes*.

TOMO V.

1. Los Extasis de la Montaña de *Julio Herrera y Reissig*, selección y estudio de F. González Guerrero. (Agotado)
2. Discursos y Artículos de *Ignacio Ramírez*, selección y prólogo de A. Loera y Chávez.
3. Poemas de *Antonio y Manuel Machado*, selección de C. Pellicer.
4. Literatura Indígena Mexicana, estudio y arreglo de Luis Castillo Ledón.
5. Los Mejores Poemas de *José Asunción Silva*, selección y prólogo de M. Toussaint.
6. Ensayos de *Roberto Luis Stevenson*, traducción de Francisco José Castellanos.

TOMO VI.

1. Teatro de *G. Bernard Shaw*, traducción y estudio de A. Castro Leal.
2. Escritos y Composiciones Musicales de *G. E. Campa*, prólogo de M. M. Ponce.
3. Mimos. Cruzada de los Niños, por *Marcel Schwob*, traducción de Rafael Cabrera.
4. Poesía y Prosa Selectas de *Carducci*, traducciones de E. Fernández Granados y F. Canale.
5. Cuentos de Voltaire, estudio de Enrique González Martínez.

6. Diálogos de su tiempo, por el "*Pensador Mexicano*", selección y prólogo de Luis González Obregón.

TOMO VII.

1. Rémy de Gourmont, traducción y prólogo de Genaro Fernández Mac-Gregor.
2. Tres Grandes Poetas Belgas, *Rodenbach, Maeterlinck y Verhaeren*, estudio y selección de Enrique González Martínez.
3. Las Noches Florentinas, de *Enrique Heine*, traducción de Julio Torri.
4. Poesías Escogidas de *Manuel Gutiérrez Nájera*, estudio y selección de Luis G. Urbina. Número doble. (Agotado.)
5. Cuentos de *Anatole France*, traducción y estudio de Alfonso Cravioto.
6. Antología del Amor Asiático. Traducción y prólogo de Rafael Cabrera. Número doble. (Agotado.)

TOMO VIII.

1. El Prometeo Encadenado de *Esquilo:* traducción de Brieva Salvatierra, estudio de Carlos Otfrido Müller. (Ag.)
2. La Ciudad de México según relatos de antaño y de ogaño. Prólogo de A. de Valle Arizpe (Agotado.)
3. Poemas escogidos de *Salvador Díaz Mirón*, selección y estudio de Rafael López. Número doble. (Agotado.)
4. Cuentos y Leyendas de *Selma Lagerlöf*, traducción y prólogo de Agustín Loera y Chávez.
5. Parábolas y otros poemas, de *Enrique González Martínez*. órtico de Amado Nervo. Número doble.
6. Rubáiyát de *Omar-al-Khayyam*, traducción y estudio de Carlos Muzzio Sáenz Peña.

TOMO IX.

1. El Monismo Estético. Ensayos de *José Vasconcelos*. Número doble. (Agotado.)
2. Romances Viejos. Prólogo de Julio Torri. (Agotado.)
3. El Tesoro de Amiel Selección de "El Diario Intimo" y prólogo de Manuel Toussaint.
4. Torneos, Mascaradas y Fiestas Reales, en la Nueva España. Selección y Prólogo del Marqués de San Francisco.
5. Éça de Queiroz. — Analectas Traducción y Estudio de Alejandro Quijano.
6. Conferencias y Discursos Literarios por *Jesús Urueta*.— Número Doble.

TOMO X.

1. Federico Nietzsche. traducción y prólogo de Javier Icaza

2. Antologia de la Versificación Rítmica. Selección y estudio de Pedro Henríquez Ureña.

3. Mark Twain. Traducción y estudio de Genaro Fernández Mac Gregor.

4. Antología de Poetas muertos en la guerra, traducciones de *Pedro Requena* y notas de Antonio Castro Leal.—

5. Los Dioses de la Montaña de *Lord Dunsany*, traducción y prólogo de Rafael Nieto.

6. Los más bellos Poemas de *Amado Nervo*. Selección y estudio de Enrique González Martínez. (Agotado.)

TOMO XI. (En publicación.) Numeros Dobles.

I, La Poesia Religiosa en Mexico (siglo XVI a XIX.) Seleccción y notas del P. Jesús García Gutiérrez.—(Publicado.)

2. Tres Cuentos, *de Gustave Flaubert*, traducción de E. González Rojo.

3. Poemas Escogidos de Luis G. Urbina. Selección y estudio de Manuel Toussaint.

4. Francis Bacon. Traducción y prólogo de Carlos Díaz Doofó (jr.)

5, La Poesia Chilena Contemporanea, selección y estudio de Genaro Estrada.

6, Enrique Gonzalez Martínez. Poemas selectos. Prólogo de Manuel Toussaint.

ADMINISTRADOR GENERAL: MANUEL TOUSSAINT. AGENTES GENERALES: LIBRERIA Y PAPELERIA CVLTVRA, 1ª JESUS CARRANZA NUM. 5. CORRESPONDENCIA AL APARTADO 4527. MÉXICO, D. F. PRECIO DE ESTE NÚMERO: $1.00. SUSCRICIONES POR 6 MESES $ 6.25. LOS NÚMEROS ATRASADOS VALEN $ 0.50 SI SON SENCILLOS Y $ 1.00 LOS DOBLES.

BIBLIOTECA DE AUTORES MEXICANOS MODERNOS:

LA FUGA DE LA QUIMERA

NOVELA DE CARLOS GONZÁLEZ PEÑA. 256 PÁGINAS $ 2.00

CON LA SED EN LOS LABIOS

POEMAS DE ENRIQUE FERNÁNDEZ LEDESMA $ 2.00

LA EXISTENCIA COMO ECONOMÍA, COMO DESINTERÉS Y COMO CARIDAD

POR ANTONIO CASO $ 2.00.

REVISTA MUSICAL DE MÉXICO

LA ÚNICA PUBLICACIÓN DE ESTA ÍNDOLE EN LA REPÚBLICA.—$ 0.50

FOLLETIN SEMANAL

INTERESANTÍSIMA NOVELA POR ENTREGAS. 12 CENTAVOS.

PEDIDOS Y SUSCRIPCIONES AL AP. POST. 4527.

MEXICO, D. F.

EDICIONES MEXICO MODERNO

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
7261
R4P6

La poesia religiosa en
Mexico (siglos XVI a XIX)

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 01 25 03 007 5